

JESUCRISTO ES DIOS.

COLECCION DE PENSAMIENTOS

DE ESCRITORES

PAGANOS, JUDÍOS, RACIONALISTAS, PROTESTANTES Y CATÓLICOS, QUE PRUEBAN
LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

OBRA COMPUESTA POR L. M. D.

CON LOS INDICADOS PENSAMIENTOS Y LIGEROS COMENTARIOS
DEL MISMO.



MEXICO.

IMPRESA DEL «CIRCULO CATOLICO»

Número 25.—Colle de Medinas—Número 25.

1890.

01

10

BT301

.9

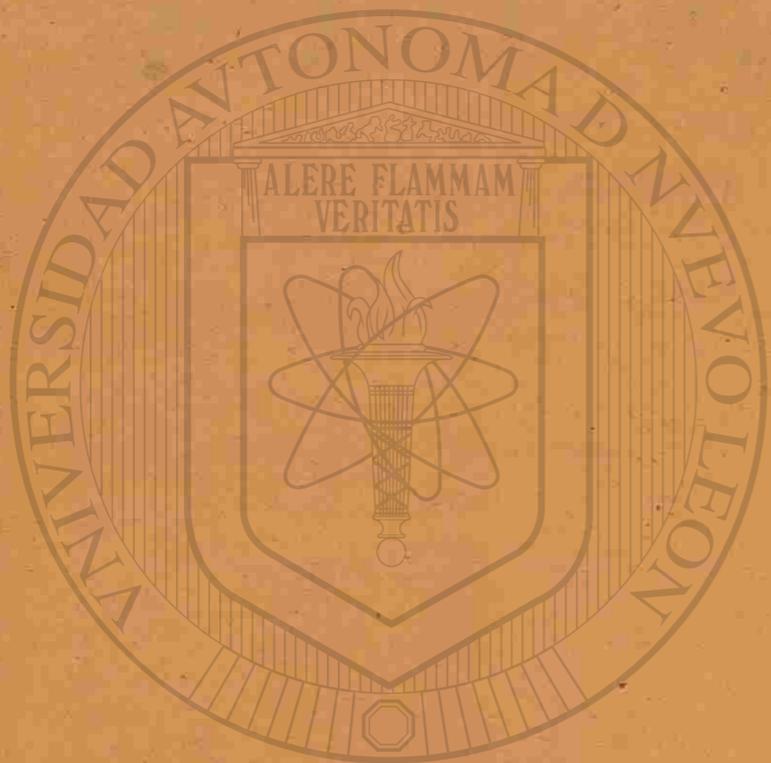
M6

c.1

008210



1080020772



JESUCRISTO ES DIOS.

COLECCION DE PENSAMIENTOS

DE ESCRITORES

PAGANOS, JUDÍOS, RACIONALISTAS, PROTESTANTES Y CATÓLICOS, QUE PRUEBAN

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

OBRA COMPUESTA POR I. M. D.

CON LOS INDICADOS PENSAMIENTOS Y LIGEROS COMENTARIOS

DEL MISMO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Torres

MEXICO.

IMPRESA DEL «CIRCULO CATOLICO»

Número 25.—Calle de Medinas—Número 25.

1890.



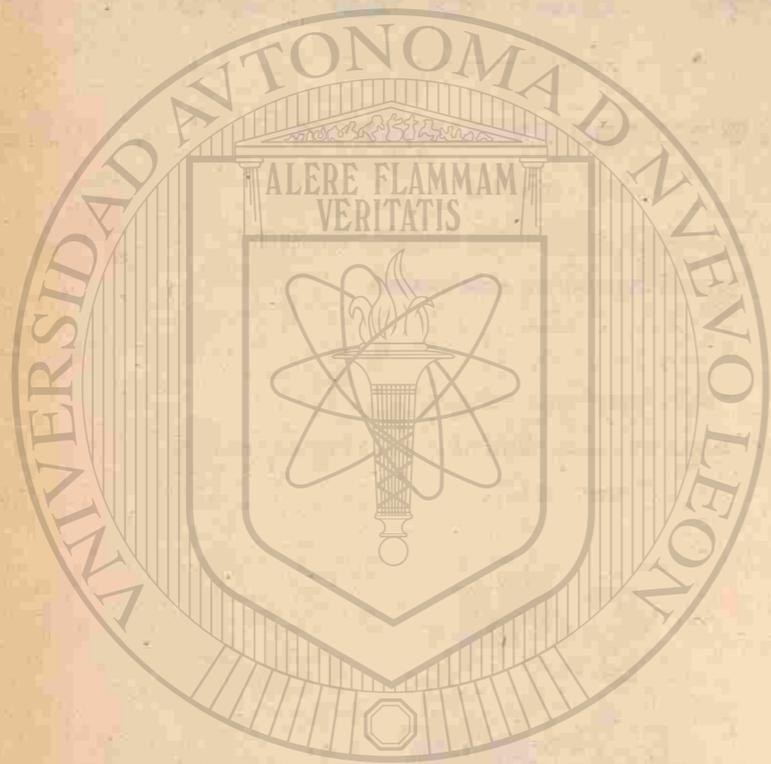
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

CHRISTOPH & CO. 44878
SELBST Y SOHN

B730L

.9

116



AL ILLMO. Y DIGNISIMO SR. ARZOBISPO DE MEXICO

DOCTOR

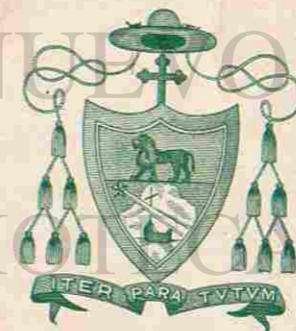
DON PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA.

Habiendo tenido la muy alta honra de que V. S. I. leyese y corrigiese el opúsculo "JESUCRISTO ES DIOS," cábeme la satisfacción de dedicarla á S. S. I.; en la inteligencia de que corregiré lo que se vaya imprimiendo, para cumplir así con el encargo que hizo á este su obediente y sumiso hijo en J. C. N. S.

Ysidro Montiel y Duarte.



FONDO E'ETERIO VALVERDE Y TELLEZ

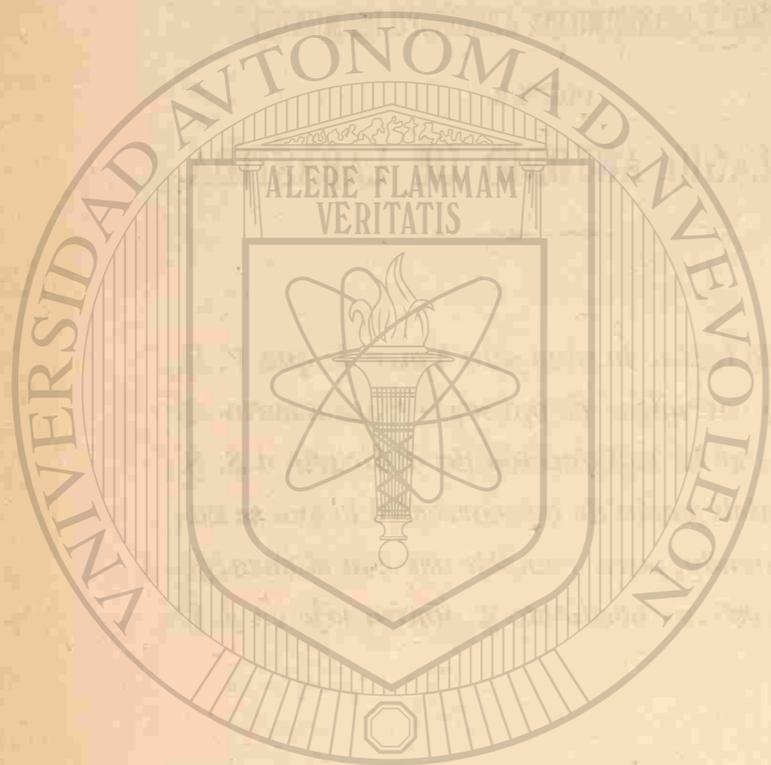


EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

008210



CAPITULO I,

Espectación de la venida del Mesías.

I.

LA historia testifica por ventura la espectación de la venida de Jesús?

Sí, y la testifica la historia escrita por Josefo, general judío nada parcial en favor de Jesús, del cual dice: "que los judíos se determinaron á rebelarse contra los romanos porque una profecía" (que él califica de oscura) les tenía ofrecido que en aquella época se levantaría de entre ellos un hombre que dominaría el mundo"

En vista de tan autorizado testimonio que no puede ser tachado bajo ningún aspecto, la más severa crítica tiene que convenir en la verdad del aserto histórico de Josefo y creer que en los días á que se refiere este historiador, el pueblo hebreo estaba esperando la venida de un hombre que había de dominar no sólo á los judíos, sino al mundo entero, libertándolos á ellos del pesado yugo de los Romanos, yugo que veían con malos ojos. ¡El pueblo de Dios sometido al dominio de un poder usurpador y pagano! ¡La *teocracia* de los judíos puesta á las plantas del paganismo tenía que desear y deseaba el glorioso advenimiento de un libertador!

II

Si consultamos los escritos de Tácito, enemigo declarado de Jesucristo, leerémos allí: "que los judíos en su inmensa mayoría estaban convencidos de que en el tiempo de Vespasiano prevalecería el oriente y que de la Judea saldría uno que reinaría sobre todo el mundo." Y explica el historiador que esta convicción les venía de un oráculo contenido en los antiguos libros de sus sacerdotes. ¿Y quién no comprende que de esta manera confiesa Tácito, no sólo que el pueblo hebreo esperaba al Mesías sino también que esta esperanza tenía fundamento nada menos que en las profecías?

Tácito no miraba las profecías, como eran miradas por los judíos, pero no podía negar y por el contrario confesó que los antiguos libros de los sacerdotes judíos contenían la promesa de que vendría un hombre que había de dominar el Universo.

Y quién podrá dudar jamás de la existencia de esos antiguos libros que tales profecías contienen? Y si abrimos esos libros y estudiamos esas profecías, veremos que éstas comenzaron desde que Adán y Eva principiaron á sufrir el castigo del pecado que cometieron en el paraíso terrenal.

Dícelo así el Génesis que al referir el castigo de la justicia Divina, pónenos de manifiesto la muestra de la Misericordia infinita, que promete desde entonces el advenimiento de una Virgen que había de quebrantar la cabeza de la infernal serpiente, para libertarnos del yugo ignominioso en que habíamos caído todos los hombres, por haberse contaminado la levadura de nuestra naturaleza infiltrándose en ella el veneno de la *concupiscencia* que de nuestros primeros padres heredamos.

III

Otro escritor romano, Cicerón, hombre de muy levantada inteligencia refiere: "que los oráculos de las Sibilas habían anunciado que para aquella época vendría un monarca

universal." Este autorizado testimonio prueba que la oscura profecía de que habla Josefo; que el oráculo á que se refiere Tácito, eran conocidos no sólo por el pueblo hebreo (pueblo rudo y atrasado que no figuraba entre los pueblos cultos (de la antigüedad) sino también por el pueblo romano que había heredado y engrandecido el saber de la muy culta Grecia.

Y esto no quiere decir que el oráculo; que la antigua profecía de que se ha hecho mérito eran conocidos de uno y de otro pueblo? Examinad cuidadosamente las enseñanzas de la historia sobre este capítulo y nada encontrareis en ellas que desmienta á Josefo, á Tácito, ni al inmortal Cicerón, nombres que nos son familiares y que acostumbrados estamos á respetar desde nuestros primeros años. Y habrá hombre sensato que pretenda *seria* y formalmente desautorizar sus testimonios?

Pero todavía vamos á reforzar nuestras pruebas sobre la expectación del Mesías prometido en el Génesis y en las profecías, con el testimonio de otro escritor que es igualmente conocido. Suetonio en su historia sobre Vespasiano atestigua "que la tradición de que venimos hablando, se había extendido en el Oriente," sin que haya uno medianamente instruido que no sepa que las naciones del Oriente han sido la cuna de las naciones occidentales.

Quiere esto decir que la esperanza en el advenimiento de un libertador judío nació en la cuna misma de la raza humana.

IV.

A tantos y á tan autorizados testimonios viene á agregarse el de *Orosio* discípulo de San Agustín y célebre historiador del siglo IV el cual refiere: que en el tiempo de Octaviano Augusto "un día estando limpio y despejado el cielo apareció cerca del sol un círculo de oro, como anunciando la venida de Aquel que había de gobernar y regir el mundo y el sol mismo"

El hecho atestiguado por un autor tan conocido por sus *Apologéticas* y por su historia, debió ser un hecho público que

como vamos á ver, está referido por respetables autores que detallan las circunstancias de caso tan maravilloso; y si bien Orosio emite un juicio que pudiera ser mirado como una simple apreciación, relaciónase al menos este juicio con un hecho que encontramos narrado por un Pontífice y por un hombre respetable y respetado por sus virtudes eminentes; y tén-gase en cuenta que la mentira no puede cobijarse nunca bajo el mismo techo que la virtud.

V.

El Arzobispo de Florencia San Antonio, fundándose en la autoridad histórica de Inocencio III, refiere: "que Octaviano Augusto preguntó á la Sibila, si en el mundo había de nacer otro hombre mayor que él y que esta consulta fué hecha en un día de su cumpleaños (del Emperador) y en presencia del Consejo que había sido convocado para que deliberara sobre el negocio. Colocada la Sibila en la Cámara imperial, insistía el Emperador en su pregunta, esperando la respuesta del oráculo, y sucedió en el medio día que apareció un círculo al rededor del sol y en su centro una Virgen hermosísima, llevando en su regazo un niño y señalándole la Sibila al César le dijo: *Este niño es mayor que tú, adórale.*"

Así que, tenemos unos historiadores, un Arzobispo y un Pontífice, testificando que la venida del Mesías estaba anunciada entre los Romanos por los oráculos; y aunque los espíritus fuertes, acaso se reirán de las circunstancias maravillosas del anuncio, no podrán negar el hecho mismo del vaticinio, cuya *verificación* descansa, como hemos visto, en los testimonios autorizados de Josefo, de Tácito, Suetonio y Cicerón, amen del de Orosio, San Antonio é Inocencio III.

VI.

Voltaire en sus "Adiciones á la historia universal" testifica que, de tiempo inmemorial era máxima recibida entre los

Indios y los Chinos que el Sabio saldría del Occidente, mientras que la Europa decía al contrario: que el Sabio debía salir del Oriente." Y agrega "todas las naciones siempre tuvieron necesidad de un sabio."

Al corifeo de la impiedad puede decirse: ¡con qué la espec-tación del Sabio existía de tiempo inmemorial en las naciones de la antigüedad! ¡Con qué no podeis señalar el origen de esta espec-tación de la India, de la China y de la Europa! Y qué decís de Moisés que tan pormenorisadamente precisa la promesa que en el paraíso terrenal se hizo de la Mujer que en su *pro-genie* había de quebrantar la cabeza de la infernal serpiente? Pero sea cual fuere la opinión que el filósofo de Ferney tenga formada de Moisés, es lo cierto que este espíritu fuerte creyó en la existencia de tal espec-tación, y la confesó *paladinamente*, no como una preocupación *localizada* puramente en la atrasada y oscura Judea, sino como una máxima extendida en la India, en la China y aun en la Europa; y lo que es más notable, se avanzó hasta cimentar esta máxima en la necesidad que todas las naciones tuvieron de un Sabio. Y debe creerse que cuando Voltaire dijo que todas las naciones *tuvieron* necesidad de un Sabio, era porque cuando así hablaba, creyó que las naciones no tenían ya necesidad de ese Sabio; era porque tenían ya la enseñanza que de tal Sabio esperaban, era en fin porque había venido al mundo el Sabio de quien tal enseñanza habían estado esperando. Y he aquí cómo se confiesa la necesidad y la existencia de la divina revelación.

Mas quién sea ese Sabio que las naciones esperaban y de quien las naciones todas tenían necesidad? No lo dice Voltaire, es verdad, pero si buscáis la respuesta en la misma escuela de la impiedad, pedidla entre otros á Boulanger y al mismo Volney y ellos sabrán darla satisfactoriamente.

VII.

Boulangier refiere "que el *acendrado* republicanismo de la culta Roma no fué parte á impedir que abrigara en tiempo de Cicerón la esperanza de la venida del Rey que vaticinado estaba por las Sibilas, según testificaba Cicerón en su libro *De divinatione*; y agrega "que las miserias de la república debían ser sus anuncios y la monarquía universal su consecuencia"; y después de asegurar "que los Hebreos esperaban ya un conquistador, ya un sér indefinible, feliz y desgraciado á la vez", agrega "que no hay pueblo que no haya abrigado alguna esperanza de esta clase."

El que Voltaire llama simplemente el Sabio es llamado por Boulangier el Rey esperado por Roma republicana, el Rey, cuya espectación estaba referida por Cicerón, el Rey, cuyo advenimiento vaticinaron las Sibilas y que los Hebreos esperaban como un conquistador, como un sér indefinible como un sér feliz y desgraciado al mismo tiempo, sin que hubiera pueblo alguno que no hubiera abrigado alguna esperanza de esta clase.

Esta relación de Boulangier, quiérase ó no, envuelve la confesión de que la espectación de ese Rey universal ya no existe, sino solamente entre los Judíos; y esto quiere decir que está en la conciencia pública que tal Rey vino yá, como lo confiesa la historia que sin contradicción atestigua la existencia de un personage que ella, que la filosofía y que la misma impiedad conviene en llamar el Cristo.

VIII.

Los espíritus fuertes que tengan la desgracia de reírse de nuestra credulidad, dejarán sin duda alguna de hacerlo mirando que Volney en sus "Ruinas ó meditaciones sobre las revoluciones de los imperios," dice "que las tradiciones sagradas y mitológicas habían esparcido por toda el Asia la creencia de que vendría un conquistador, un legislador; un juez, un

Rey, un Dios que como mediador renovarí en la tierra la edad de oro y rescataría á los hombres del imperio del mal."

Al ver que Volney, distingue las tradiciones sagradas de las mitológicas, creemos que cesará la risa burlona de nuestros adversarios que califican de necios á los cristianos que creemos en la venida del Mesías *prometido* en la ley y en los Profetas; y sobre todo esperamos se verán precisados á confesar con nosotros que en el oriente existió la espectación del Sér extraordinario que había de sacar al mundo del hondo abismo del mal en que había caído, como lo revela la triste historia de los asquerosos vicios y de los horriblos crímenes que contaminaban la tierra, cuando se cumplieron los tiempos en que dicho estaba que había de venir el Divino Mediador de, que por la fuerza de la verdad histórica se vé arrastrado á hablar el mismo Volney que tan inútilmente se cansa en sostener que no hay moneda buena, porque hay moneda falsa, como tan acertadamente ha dicho un escritor cristiano, de su ahinco en hacer creer que no hay religión verdadera sin más fundamento que el hecho de existir religiones falsas.

IX.

Emilio Castelar, ha enseñado en sus "Lecciones orales" que ya impresas corren en la "Civilización" que lo cierto es que la esperanza en un Mesías, en un enviado del cielo, en un hijo de Dios, era una esperanza universalmente extendida en Israel, cuando apareció el Hijo del hombre, una esperanza que se reflejaba en todas las conciencias, que latía en todos los corazones, que se respiraba en el aire, que trascendía hasta en el pagano occidente"

Nosotros que no hacemos más que compilar los pensamientos de muy grandes hombres, creemos deber decir que los rayos de elocuencia que se desprenden de los labios de este orador, alumbrando están la verdad de esta universal espectación y se necesita cerrar obstinadamente los ojos para no verla impresa con brillantes trasos en las elevadas regiones de aquellos

hechos que no podrán negarse nunca con apariencia siquiera de tener razón para dudar de ellos.

X.

El filósofo cristiano Augusto Nicolás exclama y con razón: "Pues bien, cuál es el hecho que puede presentar en su abono más universalidad de sufragios?Cuál es el hecho mejor fundado en la tradición de los hombres? Qué hecho en fin fué mejor atestiguado por el grito universal del género humano que aquel de que Voltaire, Boulanger y Volney dicen "que no ha habido ningún pueblo que no le haya tenido en expectativa (á un libertador) y que el punto del globo donde debía verificarse su venida podía ser llamado el polo de las esperanzas de todas las naciones."

Nada parece más concluyente que este razonamiento que no puede ser desechado como obra de una ciega credulidad, de una necia superstición ni de un furibundo fanatismo, pues ni Voltaire, ni Boulanger, ni Volney, eran crédulos, supersticiosos, ni fanáticos; y creían sin embargo en este hecho lo mismo que lo creyeron y confesaron Josefo, Tácito, Cicerón, Suetonio, Orosio, Emilio Castelar, Augusto Nicolás, Inocencio III y San Antonio.

XI.

Y para cerrar por completo esta enumeración de pruebas que bien podía hacerse casi infinita, permítasenos decir con Darrás, que por lo mismo de estar tan bien comprobado este hecho, se ha insistido en él, pues la espectación de un Dios Salvador domina la antigüedad é ilumina las tinieblas del paganismo; y con muy justo título se le ha mirado como una brillante y manifiesta confirmación de la verdad bíblica.

Y sólo agregaremos con este sabio y piadoso abate: "que aun cuando fueran destruidos Moisés, el *Pentateuco*, David, los Profetas y los monumentos todos de la fé judaica, resonaría

con todo el grito universal y unánime del género humano, que pide un Salvador en el Oriente, en el Occidente, en el Septentrión, en el Medio día, en todas las lenguas y en todas las literaturas conocidas. La tierra toda habla como Moisés habló y sobre este punto están acordes los oráculos de Delfos y los de Cumas con los Profetas."

Creemos por lo mismo que fué universal la espectación del advenimiento del Mesías prometido en la ley y en los Profetas y que hoy solamente los judíos están esperándolo todavía.

JUANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles

CAPITULO II.

Nacimiento de Jesús.

I

SI se pregunta qué pruebas tenemos de que haya llegado á realizarse la espectación universal del Mesías prometido en la ley y en los Profetas? Contestaremos desde luego: que la historia y la filosofía, armadas de razonamientos elaborados por la más sana crítica, se aunan estrecha y sólidamente, para meternos por los ojos la existencia de un personaje singular llamado Jesucristo.

Y si alguno se obstinare en no creer esto, debería preguntársele, si no es un hecho evidente la existencia del cristianismo? Y cómo este hecho pudiera llevar tal nombre si su fundador no hubiera sido Cristo?

II

Y sabemos cuándo nació éste? El abate Gaume enseña: "que el nacimiento de Cristo N. S. vino á verificarse á la media noche del día 25 de Diciembre, 4,010 años después de criado el mundo, 1,000 después de la dedicación del templo de Salomón y 752 después de la fundación de Roma."

Y aunque sobre esto hay variantes en la cronología, todas las naciones cristianas sostienen que hace 1,890 años que Je-

sucristo nació, sin que la verdad de este hecho aparezca debilitada en manera alguna, sólo porque haya algunas diferencias cronológicas, que, refiriéndose á época anterior al nacimiento de Jesucristo, dificulten el precisar la edad exacta que contaba el mundo, cuando se verificó tal nacimiento.

III.

La historia dignamente representada por el sapientísimo Cesar Cantú, funda muy sólidamente la creencia de que "el Niño Jesús nació en Belen, siendo su Madre María Santísima, Virgen hebrea de la casa de David, que estaba casada con un artesano de Galilea llamado José," y si los filósofos que no sean cristianos tienen este fundamento para creer que Jesús nació en Belen, nosotros los cristianos filósofos y no filósofos, tenemos además el criterio segurísimo del Evangelio que así nos lo enseña.

Y creemos también que Jesucristo es la segunda persona de la Santísima Trinidad y que fué concebido por obra del Espíritu Santo.

IV.

Y si á pesar del muy respetable testimonio de Cesar Cantú, quedaren siquiera restos de duda á algún filósofo recalcitrante acerca del nacimiento de Jesucristo N. S., ésta desaparecerá, lo esperamos, al oír la voz autorizada de Roselly de Lorgues, que en presencia de las ciencias que se creyó zapanían el cristianismo por su base, tiene y proclama la convicción de que el Niño Jesús fué al nacer reclinado sobre un pesebre en *una cabballeriza*; y sin embargo de haber nacido privado de techo y desterrado con las bestias, y como Moisés, no haber tenido cuna ni mimbres, es con todo eso el objeto universal de que se ocupaban, los palacios, las chozas, los navíos y los pozos del desierto, es el anunciado por los Profetas, el deseado por las naciones, es en fin el Mesías prometido para pagar nuestro rescate con su preciosísima sangre."

V.

Después de la historia y de la filosofía, viene el espíritu sublime de la religión que inspiró al gran Bossuet el pensamiento de sostener en una obra que no ha podido ser continuada, "que Jesucristo fué profetizado por Isaías como el Dios fuerte, el Padre del siglo futuro, el Autor de la paz, y que concebido por obra del Espíritu Santo, nació de una Virgen en Belén, y que después de su nacimiento, apareció en el Oriente una estrella, que fué la que trajo al Salvador del mundo las primeras manifestaciones de la conversión de los gentiles." De esta manera confiesa y predica Bossuet verdades de un orden sobre natural, más bien que hechos naturales; y su doctrina viene á ser la enseñanza religiosa del orador sagrado y no el relato profano de un historiador, que no viera más que hechos puramente naturales.

VI.

Grosio, una de las representaciones del protestantismo, refiere "que una estrella fué la que guió á los Magos á adorar al Niño Jesús. Y *Calcidio*, platónico, refiere que de Persia vinieron los primeros gentiles que adoraron á Jesús, y lo mismo dicen Lajard y el Conde de Stolberg.

VII.

Y necesario es recordar que el gran suceso del nacimiento del Niño Jesús, es narrado de una manera azás notable por el filosofismo, pues el fecundísimo Voltaire, dice: "que los ángeles vinieron desde el cielo á anunciar á los pastores el nacimiento de Jesús y que en el Oriente apareció una estrella, que sirvió de guía para que los Magos llegaran al establo de Belén á ofrecer mirra, oro é incienso al Señor del mundo." Y para concluir dice: "que estos milagros que se vieron en el cielo y tierra y de que fueron ministros los ángeles, los astros y los Reyes, deben servir para que Jesús sea reconocido desde su infancia."

Faltóle decir "reconocido como Dios;" pero puede agregarse esto á su relato, sin que por ello quede alterado sustancialmente.

VIII.

Y cuando escritores filósofos ó espíritus fuertes así se producen ¿qué mucho que escritores religiosos como Duguet en sus "Principios de la fe cristiana" nos repitan las palabras del Evangelista, refiriendo: que el ángel que á los pastores notificó el nacimiento del Niño Jesús lo hizo diciendo: "*Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad.*" Quiere esto decir que el Dios mismo á quien se debe y se tributa honra y gloria aun en las alturas de los cielos, es el que con su nacimiento vino á traer al mundo la paz del alma que se había perdido en el paraíso.

IX.

Mas si se extiende la mirada más allá de Belén y hacia los dilatados horizontes de la historia, encontraremos referido por Alejandro III. y San Antonio, "que el templo de la paz que había sido declarado eterno, se arruinó por completo en la noche del nacimiento de Jesucristo, cumpliéndose de esa manera la predicción de un antiguo oráculo que dijo: que "ese templo duraría hasta que pariera la Virgen."

X.

Ludolfo de Sajonia con referencia á la historia antigua escrita por autores gentiles, nos narra que en la noche del nacimiento de Jesús se verificaron otros prodigios y nos convenceremos de la exactitud de su relato, si el anticuario examina cuándo y cómo fueron destruidas las estatuas de Júpiter, de Rómulo y de Remo colocadas en el Capitolio, si el Jurisperito consulta lo que se dice de las leyes romanas que entónces estaban escritas, si el historiador escudriña los empolvados anales de Roma; y por último, si hay empeño en poner en claro desde cuándo enmudeció el famoso oráculo de Delfos.

XI.

Si tal estudio se hace con espíritu imparcial y desapasionado, se verá, como asegura Ludolfo de Sajonia, que también algunos escritores gentiles refieren *otros prodigios acaecidos en la misma noche del nacimiento de Jesucristo.*" Dion y Suetonio aseguran " que en aquella noche *perecieron abrasadas por un rayo del cielo las estatuas de Júpiter, Rómulo y Remo* que estaban colocadas en el Capitolio y que *las leyes romanas que se hallaban escritas, de tal manera se confundieron entre sí mismas,* que no pudieron leerse otra vez. Que en Roma al día siguiente *aparecieron tres soles que á poco á poco se fueron tan estrechamente uniendo* que llegaron á formar uno sólo: que á la otra parte del Tíber, *amaneció una fuente que manó todo el día aceite muy puro y fino* sin intermisión alguna; que el famoso oráculo de Delfos cesó desde aquel día de contestar á las preguntas que se le hacían y que preguntado por muchos por qué ya no hablaba respondió: *porque la fuerza de un niño hebreo le habia obligado á bajar al último infierno* cuya respuesta trasladó Suidas con estos elegantes versos:

*Me puer hebreus Vivos Deus gubernans
Cedere, sede jubet tristemque redire sub Orcum
Aris ergo dehinc abscedito nostris.*

XII.

¿Serán sólo niños de escuela y ancianos caducos los que deban creer "que hace 1,890 años nació en Belen un niño que la historia llama Jesucristo; que este niño nació en un establo; fué reclinado en un pesebre y envuelto en pobres pañales y que en la noche de su nacimiento se verificaron prodigios sobre naturales en Belen; que del Oriente vinieron reyes á adorar al niño nacido en medio de tanta pobreza; y que aun á mucha distancia de Judea tuvieron lugar otros portentos, y que en el cielo apareció una estrella, para guiar á los Magos que de Persia

vinieron á adorar al niño Jesús, ofreciéndole, mirra como á hombre, oro como á Rey é incienso como á Dios?

No, en verdad, cuando tan crecido es el número de los grandes escritores que así lo publican, y cuando tan numerosas son las naciones cultas que creen y públicamente confiesan tales hechos, como otras tantas verdades que no ha podido desautorizar la pequeña falange de los que han venido repitiendo el *tolle, tolle* que resonó tumultuariamente en Jerusalem contra Jesucristo, para que el inicuo Poncio Pilato condenara á éste como á un reo más criminal que Barrabás.

CAPITULO III.

Persona de Jesús.

I.

UNO de los grandes ingenios que más dignamente han cantado las bellezas del cristianismo, el sublime Chateaubriand que ha escrito en estilo poético, asegura que ni "aun los mayores enemigos de Jesucristo han negado jamás su persona, y que Celso, Juliano y Volusiano no sólo no la niegan sino que confiesan sus milagros; y Porfirio cuenta que los mismos oráculos le llamaban hombre ilustre, por su piedad." Y siendo esto así, no hay por qué admirarse de que Tiberio, hubiera querido hacer su apoteosis, ni de que Adriano le hubiera erijido templos, ni de que Alejandro Severo hubiérale reverenciado entre las almas de los Santos.

II.

Ni era posible otra cosa como dice A. Nicolás, pues ellos lo mismo que nosotros, vieron, como estamos viendo, las huellas de Jesús, como pueden verse los objetos que tenemos á la vista; y esas huellas divinas diciéndonos están en cada instante de nuestra vida: que Jesucristo N. S. no es un mito; que El ha sido visto, oído y tocado, como puede serlo cualquier hombre; y sabemos en qué tiempo vivió, cuántos años estuvo sobre la tierra y qué

durante su peregrinación en ella, se ocupó de hacer el bien á justos y á pecadores y aun el filosofismo confiesa con Rousseau que la realidad de su persona está comprobada mejor que la de Sócrates, de cuya existencia nadie se atreve á dudar racionalmente.

III.

Su retrato nos está trasado por Nicéforo Metropolitano de *Kief en Rusia*, quien lo pinta, como un hombre bellissimo que dejaba traslucir las perfecciones que la Divinidad comunicó á María, su divina Madre, y que tanto enaltece el poético y divino libro del "Cantar de los Cantares."

Y si felices fueron los que tuvieron la envidiable oportunidad de contemplar con sus propios ojos la belleza corporal de Jesús, y de su hermosísima madre, no somos menos felices los que con los ojos de la fé, lo contemplamos á través de diez y nueve siglos y lo miramos entre nosotros en medio de las naciones cristianas que adorándole están, lo mismo que le adorarán en Betlem, cuando nació, y en la Judea, en donde estuvo predicando la santa doctrina que ha llegado hasta nosotros, iluminando los extensos horizontes que alcanza la inteligencia humana; y como le adorarán en todos los lugares por donde pasó, haciendo milagros que eran otros tantos beneficios que con pródiga y misericordiosa mano, derramaba sobre la tierra de su dolorosa peregrinación. Felices también nosotros que á la distancia de diez y nueve siglos estamos adorándole como le adoraron aquellos que le tuvieron al alcance de los ojos de la carne.

IV.

Mas si la belleza material de Jesús reproduciendo la de su hermosísima Madre, produce maravillosos encantos para nuestros ojos, preguntad, cuál es la belleza moral de su carácter y Schasser en "El Tiempo" de 7 de Julio de 1863, os dirá sin vacilar: "que su personalidad incomparable dejó profundamente grabada en la conciencia de la humanidad la impresión de la pureza de su carácter, el cual reveló todo lo que de la Divini-

dad puede aparecer sobre la tierra, y que antes de Jesús, no se tuvo siquiera idea de tantas y tan grandes perfecciones y que después, el mundo que ve, que piensa y reflexiona sobre el carácter moral de Jesús, comprende que este carácter divino de Jesús no es sino el principio de una vida mejor y divina á que debe aspirar la humanidad, estorzándose por acercarse al modelo nuevo, entero y completamente incomparable del Divino Jesús.

V.

Un apologista que el muy ilustrado Eizaguirre, sacerdote católico americano, cita en "El Catolicismo y sus disidentes" nos predica que la cruz debe plantarse sobre la soberbia, techumbre de los palacios para llamar á los ricos y á los grandes á practicar la virtud, sobre la humilde cubierta de las chozas de los pobres para enseñarles á ejercitar la paciencia y la resignación, y dejársela en fin, á todos los hombres, para que en ella aprendan á reprimir su soberbia y á combatir sus tempestuosas pasiones, porque no hay Maestro más hábil ni modelo más perfecto que Jesucristo para iluminar nuestro entendimiento y purificar nuestro corazón.

VI.

Y el célebre orador Ventura Raulica tan conocedor de la historia sagrada, como de la profana, predica elocuentemente: "que sólo el Evangelio es en donde Jesucristo que es Nuestro Señor se encuentra representado, tal, cual es en realidad; que este libro misterioso es el reflejo divino de la augusta persona del Salvador, el espejo que reproduce con la mayor pureza su imagen adorable, el cuadro en que los rasgos magestuosos del Hombre Dios están dibujados con los colores más vivos y expresivos y donde está retratado con la mayor fidelidad y perfección."

VII.

Y téngase muy en cuenta que de la persona de Jesucristo Nuestro Señor habla con muy grande entusiasmo Emilio Cas-

telar, diciendo en "La Civilización" "El que había de venir, el esperado por todos los Profetas desde Elías hasta San Juan, llama con regalado acento á las puertas de la vida. Una hermosa mujer lo dá á luz en el seno de miserable establo, cuando podía haber tenido por cuna el sol y por sendales la primera luz que brotó sobre el universo. Es imposible, absolutamente imposible, mirar esta gran figura de Jesucristo, sin sentir la conciencia, como abismada en un mar profundísimo de sentimientos religiosos. Feliz la generación que vió á Jesucristo, que pudo distinguir sus huellas más luminosas que la estela del mar y oír su palabra más regalada que la fresca brisa sobre la abrasada tez del caminante perdido en el desierto; y contemplar su figura ideal, casta, hermosísima y recojer su mirada más dulce que el reflejo de la primera estrella de la tarde y ver sus maravillosísimos milagros y contemplar su peregrinación por la tierra, su amor al pobre, su compasión por el desvalido, sus tiernos coloquios con el hijo del pueblo, despreciado por la antigua sabiduría."

VIII

A la voz profundamente poética de Castelar, agrégase el solemne acento de convicción con que Renan exclama: "la notable correlación entre los textos y los lugares, la maravillosa armonía del ideal evangélico con el paisaje que le sirvió de cuadro, fueron para mí como una revelación. Tuve á mi vista un quinto evangelio destrozado, pero legible aún, y ví para en adelante moverse y vivir al través de las narraciones de Mateo y de Marcos en lugar de un sér abstracto que parecía no haber existido jamás, una admirable figura humana."

IX

De modo que como dijo el filósofo alemán Schelling en su discurso de apertura, publicado en Berlín el 1º de Mayo de 1842: "aun bajo el punto de vista filosófico, el cristianismo no es so-

lamente una mera concepción de la inteligencia; *es algo más*: es un hecho, el mayor de todos, hecho que tiene por centro la persona del Cristo, del Cristo, tal como nos lo presenta el Evangelio."

X
Debemos por lo mismo creer que la persona de Cristo Nuestro Señor no ha sido negada ni aun por sus mayores enemigos; que su existencia está mejor comprobada que la de Sócrates; que tenemos un bellissimo retrato; que la belleza moral de su carácter es el principio de una vida mejor y divina; que Jesús es el maestro más hábil y el modelo más perfecto; que en el evangelio es en donde está representado como es; que la vista de su gran figura abisma en un mar profundo de sentimientos religiosos; que ella causa admiración aun á los que como Renan niegan su divinidad, y que aun bajo el punto de vista filosófico la persona del Cristo es una realidad que sirve de centro al cristianismo.

CAPITULO IV.

Carácter de Jesús.

I

POR ahora puede decirse con Chateaubriand en el "Genio del Cristianismo" que "no hay filósofo alguno de la antigüedad á quien no se reprenda algún vicio, y que aun los patriarcas tuvieron sus flaquezas; y sólo Cristo se presenta sin tacha."

"Su carácter era amable, sencillo y como su *caridad* sin límites."

"Su resignación en la voluntad de Dios resplandece en todos los momentos de su vida; amó y practicó la amistad; Lázaro, aquel hombre á quien sacó del sepulcro era su amigo; por el mayor sentimiento de la vida fué por el que hizo el mayor milagro."

"No fué menos notable su tolerancia, cuando rogándole sus discípulos hiciera bajar fuego del cielo sobre un pueblo de Samaritanos que les había negado hospitalidad, respondió con indignación "*no sabeis lo que pedís.*"

Aprendamos á imitar siquiera sea de lejos la caridad y perfección de Jesús, sin olvidar jamás que no ha habido ni habrá hombre que haya dicho ni podido decir como Jesús: ¿quién me convencerá de error;? quién me argüirá de pecado?

lamente una mera concepción de la inteligencia; *es algo más*: es un hecho, el mayor de todos, hecho que tiene por centro la persona del Cristo, del Cristo, tal como nos lo presenta el Evangelio."

X
Debemos por lo mismo creer que la persona de Cristo Nuestro Señor no ha sido negada ni aun por sus mayores enemigos; que su existencia está mejor comprobada que la de Sócrates; que tenemos un bellissimo retrato; que la belleza moral de su carácter es el principio de una vida mejor y divina; que Jesús es el maestro más hábil y el modelo más perfecto; que en el evangelio es en donde está representado como es; que la vista de su gran figura abisma en un mar profundo de sentimientos religiosos; que ella causa admiración aun á los que como Renan niegan su divinidad, y que aun bajo el punto de vista filosófico la persona del Cristo es una realidad que sirve de centro al cristianismo.

CAPITULO IV.

Carácter de Jesús.

I

POR ahora puede decirse con Chateaubriand en el "Genio del Cristianismo" que "no hay filósofo alguno de la antigüedad á quien no se reprenda algún vicio, y que aun los patriarcas tuvieron sus flaquezas; y sólo Cristo se presenta sin tacha."

.....
"Su carácter era amable, sencillo y como su *caridad* sin límites."

.....
"Su resignación en la voluntad de Dios resplandece en todos los momentos de su vida; amó y practicó la amistad; Lázaro, aquel hombre á quien sacó del sepulcro era su amigo; por el mayor sentimiento de la vida fué por el que hizo el mayor milagro."

"No fué menos notable su tolerancia, cuando rogándole sus discípulos hiciera bajar fuego del cielo sobre un pueblo de Samaritanos que les había negado hospitalidad, respondió con indignación "*no sabeis lo que pedís.*"

Aprendamos á imitar siquiera sea de lejos la caridad y perfección de Jesús, sin olvidar jamás que no ha habido ni habrá hombre que haya dicho ni podido decir como Jesús: ¿quién me convencerá de error;? quién me argüirá de pecado?

II

Y si queremos palpar, qué es lo que más encanta en su carácter, nos dirá A. Nicolás: que "una de las cosas que más encanta en el *carácter de Jesús* es no solamente la *dulzura y sencillez* de las costumbres, sino la facilidad, la gracia y hasta la elegancia de todas ellas. No huía de los placeres ni de las fiestas, concurría á las bodas, miraba á las mujeres, jugaba con los niños, le gustaban los perfumes, comía en casa de los banqueros. Era á la vez indulgente y justo, amoroso con los débiles, terrible con los malos. Su moral tenía atractivo, cariño y ternura, poseía un corazón sensible y era hombre de excelente sociedad. Aun cuando no hubiera sido el más sabio de los mortales, habría sido *el más amable de todos ellos.*"

Así que, Jesucristo nos enseña que la amabilidad no está reñida con la virtud, supuesto que no lo está con la santidad de Jesucristo Nuestro Señor, que más que por su sabiduría se hizo amar por su dulzura y sencillez de costumbres.

III

El mismo filósofo cristiano nos recuerda que Jesucristo decía: "*¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?*" pudiendo decir además: ¿quién me convencerá de error? y que ambos retos de una temeridad insensata en boca de cualquiera otro, están del tal modo justificados en la de Jesucristo; que no se atina con lo que podrían tener humanamente hablando de inconveniente y de contrario, particularmente lo que dice en otro pasaje: "*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*"

Y aparte del interés sobrenatural en la otra vida, la conveniencia práctica en la presente nos brinda con la paz y tranquilidad de que disfruta todo el que se deja guiar por la humildad y mansedumbre de que dió tan relevantes pruebas en su vida el hijo amabilísimo de la hermosa Virgen María.

IV

Y agrega A. Nicolás que "la mayor prueba de la *rectitud de la persona* de Cristo es que la perfección de su carácter es tal, que no es posible que el hombre le haya *concebido*; y menos aun que cuatro escritores oscuros como los evangelistas, hayan acertado á pintarle de una manera tan conforme á lo que es en realidad, apesar de la diversidad de detalles, y al mismo tiempo tan diferente de todos los tipos que pudieron tener á la vista, concluyendo con que: "Los apóstoles de la impiedad no se atrevían negar *los ejemplos de modestia, de dulzura, de paciencia, de mansedumbre, de tolerancia y amor* que con Jesucristo esmaltó su vida y confirmó su predicación, puesto que ninguno de los escritores contemporáneos lo ha desmentido y que á ninguno de los antiguos rabinos le ha ocurrido la idea siquiera de dudarle; antes bien, muchos de ellos lo han confirmado, esclareciendo con muy notables explicaciones las misteriosas alegorías, con que los Profetas anunciaron el reinado pacífico del Salvador."

Y si ni los hombres de la antigüedad, ni los contemporáneos de Jesucristo Nuestro Señor han desmentido jamás sus virtudes (de Jesús) la posteridad que se ponga en frente de los que las tienen testificadas hasta con su sangre, no hará otra cosa que predicar en desierto, sin que su voz llegue á tener sino un débil eco en las conciencias empedernidas de unos cuantos desgraciados que voluntariamente cierran los ojos para no ver la luz que derraman á torrentes y desde hace diez y nueve siglos la historia, la filosofía y la religión que de consuno proclaman las santas virtudes del Cristo que nació y vivió ejerciéndolas siempre en beneficio de los que se le acercaban á pedirle el consuelo y remedio de sus males de cuerpo y alma, que en efecto les daba, como nadie lo ha hecho antes ni después de él.

V

Todo esto aumenta nuestra admiración, dice el Cardenal Wiseman "porque no era seguramente, como los demás, el que podía de tal manera *distinguirse por su carácter de todo lo reconocido como más perfecto* y admirable por todos cuantos le rodeaban; el que apesar de manifestarse tan superior á todas las ideas racionales de perfección moral; nada tomaba sin embargo del griego, ni del indio, ni del egipcio, ni del romano; el que no teniendo nada de común con ningún tipo de carácter conocido ni con ninguna ley de perfección establecida, puede no obstante parecer á cada uno el tipo de la excelencia que más le encanta."

Y en efecto, si nada de lo conocido es comparable con la belleza moral del carácter de Jesús, ¿cómo es sin embargo que á todas las gentes de corazón recto llena de dulcísimo encanto la excelencia de este carácter, tan bien impreso en el Evangelio?"

VI

"Casi siempre me ha parecido, y con razón" agrega el mismo autor, "la más fuerte prueba de una autoridad superior impresa en la historia del Evangelio, el que el carácter santo y perfecto que nos describe el Evangelio *no solamente se diferencia de todos los tipos de perfección moral* que los que escribieron aquel libro podían concebir, sino que por el contrario es completa y expresamente opuesto á ellos."

Y en verdad, si los pobres pescadores que escribieron el Evangelio, no hubieran recibido inspiración de una autoridad superior al dar á conocer el carácter de Jesús, habríanle pintado tomando sus trastos y colores de los tipos de perfección moral que conocían, en lugar de exhibirle, no sólo como diferente, sino como completamente opuesto á todos los conocidos entonces."

VII

Y tan así es, que Gratry en "Los Sofistas y los críticos" enseña que Jesucristo estuvo manifestamente *inmaculado* de todo error, lo mismo que de todo pecado. Esto es lo que sostiene compelido por la evidencia aun el racionalismo. Jesús es el único entre los hombres que haya podido decir: "*¿quién de vosotros me argüirá de pecado?*"

Y el que esto ha podido decir con toda verdad y razón, no tiene original del que pueda decirse copiado su carácter moral, cuando los hombres más perfectos que haya inmortalizado la historia, no han sido nunca infalibles ni menos impecables, como lo fué Jesús el Hijo de María, sin que nadie en su vida ni después de su muerte haya podido argüirle victoriosamente de error ni de pecado.

VIII

David Bogue en su "Ensayo sobre el Nuevo Testamento," dice: "La perfección del carácter de Jesucristo es otra nueva consideración que imprime una excelencia muy particular al Nuevo Testamento. Esta es la representación de un personaje libre de todo error, exento de todo pecado, de un personaje perfectamente sabio y bueno, siendo muy de notar que este carácter está trasado no en un pequeño número de pasajes brillantes al fin de los evangelios, sino que es un resultado de toda la historia de la vida de Jesús."

Así que, según David Bogue, el carácter de Jesús no está (Ensayo sobre el Nuevo Testamento) precisado por las palabras de los evangelistas, sino por los hechos del héroe de este libro divino, y así lo acredita la historia aun escrita por el racionalismo, como vamos á ver en la Vida de Jesús, escrita por Straus y por Renan.

IX

El célebre Ewald nos dice, que "El Cristo tiene en la historia universal un *carácter único* que excede con mucho á todo

cuanto de cerca ó de lejos pudiera parecérselo. Nadie antes que él ofrece nada semejante, y nadie después de él ha podido ni podrá serle comparado."

Y agrega: "si hay en la historia entera un hombre bien afirmado en la roca de la más vigorosa, de la más absoluta verdad en todos sentidos, es Jesucristo. El permanecer en la verdad, no era sino el comienzo necesario de su obra. Tenía que emprender otra cosa muy distinta que el conculcarla; y si hubo jamás hombre alguno absoluto y plenamente exento y puro de toda especie de debilidad ó defecto pequeño ó grande que proviniera de espíritu nacional, este hombre es Jesucristo."

Piénsese bien que la Alemania, profundamente pensadora, nos dice, por la paladra autorizada del célebre Ewald, que el carácter de Jesucristo es único en términos que ninguno otro puede serle comparado ni aun de lejos, sea que se recuerde el carácter de los hombres que le antecedieron, sea que se estudie el de los que han venido después de él, testificando la historia que en todos sentidos la verdad está en Cristo Nuestro Señor que no vino á conculcarla, sino por el contrario á confirmarla sólidamente, cimentándola como en roca vigorosa; y respecto del cual confiesa que no tuvo el más pequeño defecto ni la menor debilidad.

X

Y medítese en que Straus en su "Vida de Jesús" se vé obligado á confesar que "el Cristo no puede ser seguido por nadie que le aventaje, ni aún que pueda llegar á él y por él al mismo grado absoluto de la vida religiosa y que jamás en tiempo alguno será posible elevarse sobre él ni concebir un legislador que sea ni aun igual suyo."

Con que según Straus, autor de la "Vida de Jesús" que tanto ruido ha hecho en el mundo anticatólico y en el católico mismo, Jesús puede ser seguido pero sin aventajarle nunca y ni aun llegar á él, colocándose á su nivel en el mismo grado de

la vida religiosa; y esta confesión avanza mucho más todavía hasta asentar que en ningún tiempo podría la inteligencia humana concebir leyes que sean superiores y ni aun siquiera iguales á las que promulgó el sabio fundador del cristianismo.

XI

Y si esto no convence á los espíritus fuertes, abran la "Vida de Jesús" escrita por Renan, el tristemente célebre Renan, yallí verán que éste dice: "Trasa Jesús el *Código más bello de la vida perfecta* que moralista alguno haya trasado. . . . Una idea absolutamente *nueva*, la idea de un *culto fundado en la pureza del corazón* y en la *fraternidad humana* efectuaba por él su entrada en el mundo. De ese modo ha puesto una piedra eterna, *fundamento de la verdadera religión*; y si la religión es la cosa *esencial* de la humanidad, ha merecido el rango divino que se le ha concedido."

"Él ha sentido el bien y lo ha hecho triunfar á costa de su sangre. En este doble concepto *Jesús no tiene igual*; su gloria subsiste *entera* y será *siempre renovada*. . . . Él es por toda la eternidad el verdadero creador de la paz del alma, el gran consolador de la vida. . . .

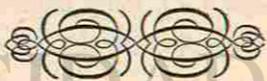
"*Fundó el culto puro* sin ídolos, sin patria, el que practicarán todas las almas elevadas hasta el fin de los tiempos. No solamente fué su religión ese día la buena religión de la humanidad, sino que fué la religión absoluta; y si otros planetas tienen habitantes dotados de razón y moralidad, *su religión* no puede ser diferente de la que proclamó Jesús junto al pozo de Jacob."

Renan caracteriza de esta manera á Jesús, (Renan Vida de Jesús) presentándole como el autor del Código más hermoso de la vida moralmente perfecta y del culto fundado en la pureza del corazón y en la fraternidad universal, y cimentó en ellas como la verdadera religión; y declara Renan que si la religión es esencial á la humanidad, entonces Jesús ha merecido el rango divino que se le ha concedido.

El mismo Renan confiesa que Jesús no tiene igual bajo el concepto de haber sentido y hecho triunfar el bien, y que su gloria será imperecedera, siendo como es el creador de la paz del alma y del consuelo de la vida. Esto es lo que de Jesús dice el racionalismo, asegurando que el culto fundado por él sería universal y no tendría jamás fin, permaneciendo como la buena y absoluta religión de la humanidad, en términos de que si los otros planetas tienen habitantes, su religión no puede ser otra que la cristiana.

XII

Las meditaciones sobre el carácter de Cristo harán ver siempre que no hay tacha en él; harán palpar su dulzura, sencillez y amabilidad, su humildad y mansedumbre—su rectitud—su modestia y paciencia—la singularidad de este mismo carácter—su infalibilidad é impecabilidad—su perfección en suma.... que lo hizo inimitable hasta igualarlo como en boca de Renan lo confiesa el racionalismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPITULO V.

Doctrina de Jesús.

I

CESAR Cantú en su famosa "Historia universal" dice: "¿Es la doctrina de Jesucristo un nuevo progreso de la ciencia? ¿No era más que un perfeccionamiento de la ciencia hebraica? ¿Se encadenaba por ventura con las de Sócrates, Aristóteles y Platón? Parece que lo niega *toda la historia*," y después de un razonamiento como el que acabamos de presentar, concluye diciendo: "Es pues la misión de los siglos modernos desarrollarse, adelantar y luchar; y si la palabra de Dios no es engañosa irá desarrollándose y realizándose cada vez más como la ley del amor y de la justicia."

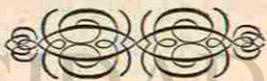
Y ¿cuándo, podemos agregar, cuándo se ha desmentido la palabra divina de Jesús? Cuándo ha dejado de ser la vara inflexible de la justicia eterna, sin dejar por eso de ser el manantial inagotable de la caridad que como dice el Apóstol de las gentes: "es paciente y dulce, no procura exceder á nadie, no obra con temeridad ni se engríe. Tampoco es ambiciosa ni sigue sus intereses, no se irrita ni piensa mal. No se alegra en la injusticia, antes bien, se complace en la verdad. Todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre."

La caridad que es la quinta esencia de la doctrina de Jesús, no nos hace olvidar que el Divino Maestro aconsejó á sus dis-

El mismo Renan confiesa que Jesús no tiene igual bajo el concepto de haber sentido y hecho triunfar el bien, y que su gloria será imperecedera, siendo como es el creador de la paz del alma y del consuelo de la vida. Esto es lo que de Jesús dice el racionalismo, asegurando que el culto fundado por él sería universal y no tendría jamás fin, permaneciendo como la buena y absoluta religión de la humanidad, en términos de que si los otros planetas tienen habitantes, su religión no puede ser otra que la cristiana.

XII

Las meditaciones sobre el carácter de Cristo harán ver siempre que no hay tacha en él; harán palpar su dulzura, sencillez y amabilidad, su humildad y mansedumbre—su rectitud—su modestia y paciencia—la singularidad de este mismo carácter—su infalibilidad é impecabilidad—su perfección en suma.... que lo hizo inimitable hasta igualarlo como en boca de Renan lo confiesa el racionalismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPITULO V.

Doctrina de Jesús.

I

CESAR Cantú en su famosa "Historia universal" dice: "¿Es la doctrina de Jesucristo un nuevo progreso de la ciencia? ¿No era más que un perfeccionamiento de la ciencia hebraica? ¿Se encadenaba por ventura con las de Sócrates, Aristóteles y Platón? Parece que lo niega *toda la historia*," y después de un razonamiento como el que acabamos de presentar, concluye diciendo: "Es pues la misión de los siglos modernos desarrollarse, adelantar y luchar; y si la palabra de Dios no es engañosa irá desarrollándose y realizándose cada vez más como la ley del amor y de la justicia."

Y ¿cuándo, podemos agregar, cuándo se ha desmentido la palabra divina de Jesús? Cuándo ha dejado de ser la vara inflexible de la justicia eterna, sin dejar por eso de ser el manantial inagotable de la caridad que como dice el Apóstol de las gentes: "es paciente y dulce, no procura exceder á nadie, no obra con temeridad ni se engríe. Tampoco es ambiciosa ni sigue sus intereses, no se irrita ni piensa mal. No se alegra en la injusticia, antes bien, se complace en la verdad. Todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre."

La caridad que es la quinta esencia de la doctrina de Jesús, no nos hace olvidar que el Divino Maestro aconsejó á sus dis-

cípulos que fueran sencillos, como las palomas y al mismo tiempo prudentes, como las serpientes; lo cual nos está dicho literalmente en el Evangelio.

II

De este libro divino dice Locke que: "contiene un cuerpo tan perfecto de moral, que la razón debe dispensarse de hacer investigaciones, desde que ella puede encontrar el deber del hombre más claro y más fácil en la revelación, que en la misma razón."

Y si el filósofo (Locke letter to M. King. 1703.) que tantas investigaciones ha hecho sobre las fuerzas y funciones del entendimiento humano, confiesa que la revelación divina es un guía más seguro que la razón humana ¿cómo hay quien se atreva á sostener que la luz artificial y mezquina que apenas mal alumbrá los oscurísimos senos del entendimiento, es más clara y brillante que la luz del cielo, de la verdad eterna que ha comunicado al mundo el Legislador de los cristianos?

III

Y téngase muy en cuenta que Rousseau ha dicho: "Lo que hace la elevación de alma del sabio Legislador de los cristianos más asombrosa y admirable, es su *nacimiento en Judea*, al paso que Sócrates nacido en el pueblo más instruido y amable, tuvo todos los auxilios necesarios para levantarse fácilmente al tono que tomó. Alzó la voz contra los sofistas, como Jesucristo la alzó contra los fariseos y los Doctores de la ley; con la diferencia de que Sócrates imita comúnmente á sus antagonistas; y hubiera pasado él mismo por sofista como ellos, si su dulce muerte no hubiese honrado su vida; pero el vuelo sublime que tomó la grande alma de Jesucristo, lo elevó siempre sobre todos los mortales, y desde la edad de doce años hasta que espiró en el más infame y crüel de los tormentos, no se desmintió un instante. Sus viles compatriotas en lugar de

oirle, aborreciéronle precisamente porque su virtud era la re-prensión más fuerte de su indignidad. Su mansedumbre es más bien de ángel y de Dios que de hombre; no le abandonó un instante ni aun sobre la cruz y hace verter lágrimas á quien sabe leer *su pasión y su vida* como se debe."

"No sé por qué quiere atribuirse al progreso de la filosofía la hermosa moral de nuestros libros. Esta moral sacada del Evangelio, era *cristiana* antes de ser filosófica."

"En moral, sólo el Evangelio es siempre seguro, siempre único y semejante á sí mismo."

Y como Jesucristo Nuestro Señor no propagó él solo su santa doctrina, necesario es examinar cómo logró tener auxiliares.

IV

Veamos qué ofreció á sus discípulos y D'Aguesseau en sus "Reflexiones sobre Jesucristo" nos dirá que no prometió á sus discípulos sino males presentes y sensibles, penas, tormentos, cruces. Estos fueron los atractivos que les ofreció, para llamarles á su ministerio; y sin embargo, llegó á persuadirlos, aun valiéndose de todo lo que más podía repugnarles. La doctrina de los sufrimientos es en sus labios encantadora: prescribe el género de vida más contrario á la humanidad y no obstante es obedecido. Nunca usó ningún Príncipe, ningún Legislador, ni ningún filósofo de semejante lenguaje, ó si le usó, no se hizo seguir con él de la multitud."

En vista de esta gran verdad viene muy naturalmente la consideración de que solamente Jesús ha conseguido por tales medios la adopción y la propagación universal de su santa doctrina, cosa que la humana debilidad ha visto y seguirá mirando siempre con asombro.

V

Este asombro debe subir de punto meditando lo que Pascal dice en sus "Pensamientos," á saber: "Mahoma estableció su re-

ligión matando á sus enemigos, *Jesucristo* haciendo matar á sus apóstoles. Mahoma prohibiendo leer, *Jesucristo* mandando leer. . . . En fin en todo, es tan opuesto, que si Mahoma tomó la senda de alcanzar humanamente su objeto, *Jesucristo* tomó la de *perecer humanamente*; y en lugar de decir que ya que Mahoma había alcanzado su objeto, también pudo lograrlo *Jesucristo*, deberemos decir por el contrario, que puesto que Mahoma logró su objeto, el cristianismo debió *perecer*, si no hubiese estado sostenido por una fuerza enteramente divina."

"Cree ó te mato, decía Mahoma; mientras que *Jesús* decía á sus apóstoles, creed y os perseguirán, creed y os martizarán, creed y os matarán. Mahoma empleaba la espada para destruir los obstáculos que se oponían á la propagación del Koran; *Jesús* no empleó más que la dulzura de su palabra persuasiva para que sus discípulos le siguieran en el áspero camino de los peligros y de la resignación y paciencia aún en medio de los mayores padecimientos."

"Los hombres impresionados por el temor á consecuencia de su misma debilidad se sometieron á Mahoma para no morir, mientras que sometiéndose á *Jesús*, desafiaban la animadversión de la Sinagoga y las iras del Olimpo, seguían un camino que conducía á una muerte que no tenía nada de gloriosa en este mundo y sí mucho de ignominiosa aún á los ojos de cultísimos romanos, que miraban con desdeñoso despego una enseñanza que venía de gentes viles é ignorantes del despreciable pueblo judío."

VI

De modo que considerando lo baladí de los propagadores de la doctrina cristiana debería decirse á *Jesús* con el tono de compasión que emplea el filósofo de quien habla Frayssinous: "intentais ilustrar á los sabios por medio de los *ignorantes*, vencer á las Potestades por medio de hombres *débiles*, atraer á la multitud *combatiendo sus vicios*, tener discípulos *prometiéndoles sufrimientos*, el desprecio, el *oprobio* y la muerte, des-

tronar á todos los dioses del Olimpo, para que os adoren á vos solo, á vos que según decís, debeis morir clavado en una cruz como un malhechor y el más vil de los esclavos. Pues yo digo que es un proyecto loco y que no tardará en ser objeto de la irrisión pública. . . ." "Esto es," dice Frayssinous "lo que me figuro hubiera pensado y dicho un filósofo á quien *Jesús* hubiese comunicado su designio de convertir el mundo propagando el cristianismo; y ciertamente que consultando solo la razón humana, era tan imposible su buen resultado que ningún sabio de la tierra hubiera dejado de pensar como nuestro filósofo."

Y sin embargo de razonamiento tan fundado hablando humanamente, los ignorantes, los débiles propagadores de la idea y de la palabra de *Jesús* alcanzaron el éxito más completo contra el torrente de las ideas que reinaban y contra el viento tempestuoso de las pasiones que agitaban el revuelto mar que surcaban judíos y gentiles enemigos declarados del cristianismo.

VII

Clemente Alejandrino nos dice: "Los filósofos griegos solo tienen crédito entre sus compatriotas y aún entre estos no agradan á todos. Platón se hizo discípulo de Sócrates, Genócrates de Platón, Teofrasto de Aristóteles y Cleanto de Zenón. Estos filósofos no persuadieron más que á un cierto número de sus sectarios, pero la palabra de Nuestro Señor *Jesucristo* no ha quedado ceñida á la Judea como la filosofía á los límites de la Grecia; se *ha extendido por toda la tierra*, tanto entre los bárbaros, como entre los griegos; ha llevado su persuasión á las naciones, á ciudades enteras y á las aldeas, y ha atraído á la verdad á un gran número de los que la han oído y aún á muchos filósofos."

La doctrina de Sócrates, Platón, Genócrates, Aristóteles, Teofrasto, Zenón, Cleanto que tanta boga tuvieron en la muy culta Grecia y aún sus solos nombres no han llegado en nuestros días sino á los oídos de los muy pocos que se consagran

al oscuro estudio de la antigüedad; mas el nombre de Jesús y su santa doctrina se oye resonar hoy, lo mismo en la boca de los ancianos, como en la de los niños, y lo mismo en la boca de los sabios como en la de los ignorantes, sea que vivan en populosas ciudades como en pequeñas aldeas del antiguo ó del nuevo mundo.

VIII

Con razón pues, dice San Atanasio: “¿Dónde está el sabio, el revelador, el filósofo humano, cuya doctrina haya producido el milagro de iluminar al mundo, desde el calabozo del esclavo hasta el trono del soberano, y de marcar todas las frentes con el sello religioso? Si Cristo fué solo hombre ¿cómo no quedó vencido ó paralizado ante las divinidades del viejo mundo? ¿Faltaban Reyes y poderosos cuando nació Jesús? Los Caldeos tenían sus sabios y sus magos, llenos estaban de ellos, el Egipto y la India. ¿Qué Rey, qué sabio en el apogeo de su gloria consiguó hacer universal su doctrina y arrancar el mundo de las tinieblas de la idolatría? Los filósofos de Grecia han escrito páginas elocuentes; mas compárese el efecto de sus sublimes discursos con las doctrinas realizadas por la cruz de Jesucristo. A la muerte del filósofo quedaba olvidada su doctrina y ni aún conseguía triunfar su autor de los ataques y de las controversias rivales. Mas aparece el Hijo de Dios, desdeña la pompa del lenguaje y adopta el idioma de los humildes, así como había adoptado su pobreza; y su enseñanza, hace palidecer la de todos los filósofos; derroca todos sus sistemas y atrae á sí todo el universo. ¿Quién domó la barbarie y trastornó el mundo pagano? ¿No fué la fé en Jesucristo?”

Y necesario es agregar que Dios hizo todo esto no por un sér que hoy es y mañana desaparece para siempre.

IX

No, de la enseñanza del cristianismo nos dice Castelar en sus “Lecioenes orales:” “El cristianismo ha enseñado al hombre que

se apagarán el sol y las estrellas, pasarán como sombra los montes, como lluvia se evaporarán los mares, como flor arrebatada de su tallo por el viento la tierra y todos los mundos y todos los planetas; empero el alma y el hombre mismo como ser de armonía, sobrevivirá á la total ruina del universo con su propia personalidad; porque el hombre es de la eternidad, es de Dios.”

“Este principio da una base incontrastable á la moral. ¡Ah! yo no conozco, ni es posible que exista moral más pura, más grande, más hermosa, que la moral cristiana, verdadera ley práctica, verdadero Thabor donde se transfigura la personalidad humana.”

Bien supo el orador encomiar, como encomiar se debe, la verdad capital de la inmortalidad del alma, sin la cual la palabra de Jesús no tendría objeto ni razón de ser. ¿A qué hubiera venido Jesús á este mundo, si todo su reinado glorioso en el otro, no hubiera de haber alcanzado al hombre, cuya misión se cumpliera y consumara por completo en la tierra? Así que ésta sola palabra “*inmortalidad*” basta para comprender el enlace de la tierra del hombre con el cielo de Jesús.

X

Herbert, el piadosísimo Herbert nos dice en la “Imitación de Cristo meditada:” “Una sola palabra de Jesús *ilumina* más el espíritu que todos los discursos de los sabios; ¿por qué dejó jamás en las penosas fluctuaciones de la duda al hombre sencillo y dócil que le pide el *auxilio de su luz* para saber conducirse en el camino difícil de la vida?”

“La voz de Jesús no causa turbación ni inquietud; y aún cuando nos reprende nuestras faltas, lo hace con la verdad y siempre con dulzura. No tenía nada de dura sino que fué toda de compasión la mirada que el dulce y benigno Jesús dejó caer sobre Pedro después de la caída de éste: mas la desesperación que excitó el engañador en el alma de Júdas causó su perdición eterna.”

“La voz de Jesús conduce á la esperanza y jamás inclina el corazón á la presunción que no es más que fruto del orgullo. La voz de Jesús llama dulcemente, indica al alma atenta el camino que debe seguir para ser perfecta; pero al mismo tiempo le da la gracia necesaria para serlo.”

“La voz de Jesús se hace oír á toda hora, lo mismo en el recogimiento de la oración como en la agitación de los negocios, lo mismo en medio del mundo como en el retiro de la soledad.”

Las justísimas apreciaciones que de la doctrina de Jesús hace un autor que respira toda la dulzura de la caridad evangélica, tienen un atractivo tal que una vez leídas, vemos que en efecto la doctrina de Jesús, disipa las densas tinieblas que oscurecen el pensamiento á pesar de los esfuerzos del saber humano, que no marche guiado por la luminosa antorcha de la fé.

La doctrina de Jesús alienta nuestra esperanza porque su dulzura es tal que nos dá la mayor tranquilidad y nos inspira confianza en su misericordia infinita.

La doctrina de Jesús inflama nuestra caridad sin que sea parte á entibiarla ni aún el estruendoso bullicio del mundo en que vivamos, pues el amor á Dios nos hace palpar que todo lo del mundo no es más que vanidad de vanidades que no llena nunca las levantadas aspiraciones del corazón humano que está formado para disfrutar del Sumo Bien que es Dios y sólo Dios, como nos lo hace comprender el Divino Jesús apartándose enteramente de toda mira política.

XI

La moral evangélica que en nuestros tiempos ha sucedido á la ley natural, está formada no tanto de las palabras como de los ejemplos de Jesucristo. Así nos lo enseña Montesquieu cuando dice en “El Espíritu de las leyes:” “Después de haber insultado Baile á todas las religiones, combaté á la religión cristiana y se atreve á decir que no podría subsistir un estado formado de cristianos verdaderos. Pero por qué no? Estos ciuda-

danos conocerían muy bien sus deberes, estarían animados de grandísimo celo por cumplir con ellos y comprenderían perfectamente los derechos de la defensa natural: cuando mas creerían deber á la religión, más creerían también deber á la patria. Los principios del cristianismo serían infinitamente más poderosos que ese falso honor de las monarquías, esas virtudes humanas de las repúblicas y ese temor servil de los Estados despóticos.”

Y sólo agregaremos: que cuando Cristo Nuestro Señor manda dar al César lo que es del César, nos obliga en conciencia á cumplir nuestros deberes civiles y políticos; y que cuando manda dar á Dios, lo que es Dios, nos manda cumplir nuestros deberes morales y religiosos que se encaminan mirando al cielo, mientras que los primeros tienen fijas sus miradas en la tierra.

XII

Por esto es necesario asistir con Frayssinous á un diálogo entre Jesús y un filósofo que supone le pregunta: “Cuál es vuestro designio al recorrer las ciudades y villas de la Judea, enseñando una nueva doctrina?”

—“Mi designio es reformar las costumbres de toda la tierra—mudar la religión de todos los pueblos—destruir el culto que tributan á los dioses—hacer adorar al único Dios verdadero.

—¿Pues qué soís acaso más sabio que Sócrates, más elocuente que Platón y más hábil que todos los grandes ingenios que ilustraron á Roma y á toda la Grecia?

—No hago alarde de humana sabiduría, antes bien demostraré que es locura la ciencia de tan ponderados sabios y la reforma que ninguno de ellos hubiera atrevídose á intentar en una sola ciudad, será hecha en todo el mundo por mí y por mis discípulos.

—¿Vuestros discípulos sobresaldrán entonces de tal manera por su talento—por su crédito—por sus dignidades—y por sus

riquezas que deslumbren el pórtico y el liceo y tras sí arrastren fácilmente á la multitud?

—Nada de eso, mis enviados serán pobres—sacados de la plebe y de la nación que sabeis está despreciada de todas las demás.

—¿Pero contaréis al menos con legiones que más invencibles que las de Alejandro y César lleven ante ellas el terror y el espanto para hacer que las naciones vengan á echarse á vuestros piés?

—No, mis enviados serán mansos corderos—se dejarán degollar por sus enemigos—*y miraré como un crimen el que saquen tu espada para imponer mi ley.*

—¿Esperais entonces que los Emperadores, el Senado, los Magistrados, los Gobernadores favorezcan vuestra empresa con todo su poder?

—Menos aún: todas las potestades se armarán contra mí—mis discípulos serán aborrecidos y perseguidos—serán conducidos ante los tribunales y condenados á muerte, y por tres siglos se harán los mayores esfuerzos por ahogar en lagos de sangre mi religión y á cuantos la profesen.

—¿Pero qué aliciente tendrá esa doctrina para atraerse á toda la tierra?

—Mi doctrina estribará en misterios inconcuprensibles—su moral será más pura que la que se ha enseñado hasta ahora—mis discípulos publicarán que nací en un pesebre—que viví pobre y lleno de padecimientos—y que morí ajusticiado en una cruz que es el suplicio que me espera—y el que ahora os habla será algún día adorado en toda la tierra.

—¿Es decir que intentais ilustrar á los sabios por medio de los ignorantes—vencer á las Potestades por medio de los débiles—atraer á la multitud combatiendo sus vicios—tener discípulos anunciándoles sufrimientos, el desprecio, el oprobio y la muerte—destronar á los dioses del Olimpo y que os adoren á vos solo, á vos que según decís debéis morir en una cruz co-

mo un malhechor y como el más vil de los esclavos? Pues yo os digo que ese es un proyecto loco que bien pronto será objeto de la irrisión pública.”

Para concluir el diálogo se supone que el filósofo se mantiene en la incredulidad del buen éxito de tal empresa; más el cristianismo estendido en toda la tierra hace palpar que Jesús alcanzó su designio.

XIII

Si llevados de un espíritu filosófico preguntamos cuál es el porvenir de la Santa Doctrina de Jesús, nos responderá Renan en la “Vida de Jesús” lo siguiente:

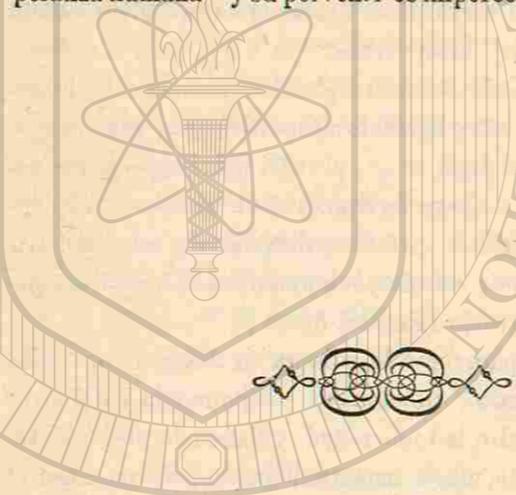
“La palabra de Jesús fué un resplandor en una noche lóbrega. Mil ochocientos años han sido necesarios para que los ojos de la humanidad ¡qué digo! de una porción infinitamente pequeña de la humanidad se haya habituado á él. Pero este resplandor llegará á ser claridad perfecta y después de haber recorrido todos los círculos de errores, la humanidad *volverá* á esa palabra como á la expresión inmortal de su fé.”

Renan llama resplandor á la palabra de Jesús porque ella vino á disipar las densas tinieblas de la ignorancia y del error en que estaba envuelta la humanidad, y llamando noche lóbrega á estas tinieblas, confiesa, arrastrado por la evidencia, que el decantado saber de la erudita Grecia y la ponderada cultura de la soberbia Roma, no pudieron sostenerse en pié al brillar la blanca, apacible y esplendorosa luz de la palabra de Cristo.

Y también confiesa que este día de luz que comenzó hace mil ochocientos años, no concluirá sin haber visto á la humanidad volver á la palabra de Jesús como á la expresión de su fé, después de haber recorrido todos los círculos del error. ¿Y no es verdad que de esta manera confiesa el filosofismo que sólo la palabra de Jesús nos lleva con seguridad por el camino de la verdad eterna, supuesto que esta palabra es una expresión inmortal de una fé que no es errónea?

XIV

En resúmen, la doctrina de Jesús es la ley del amor y de la justicia—es un guía más seguro que la razón humana—es invariable—es encantadora, aún ofreciendo sufrimientos y martirios—está extendida universalmente—enseña la moral más pura, más grande, más hermosa—es la que más ilumina—*no pugna con ninguna institución política*—conduce al cumplimiento de los deberes civiles—fué establecida contra toda esperanza humana—y su porvenir es imperecedero como su autor.



CAPITULO VI.

De las profecías y milagros.

I

SI armados de la más severa crítica examinamos atentamente el texto sagrado, veremos con claridad y diremos con Drach en su primera carta á los Israelitas, que 'todas las profecías no forman, en cerca de cuatro mil años que precedieron al Mesías, más que un gran círculo, cuyos radios van á parar á un centro comun que no es ni puede ser otro que Nuestro Señor Jesucristo redentor del género humano culpable desde el pecado de Adam. Tal es el objeto único de todas las profecías que procuran señalarle de manera que no nos sea posible desconocerle.'

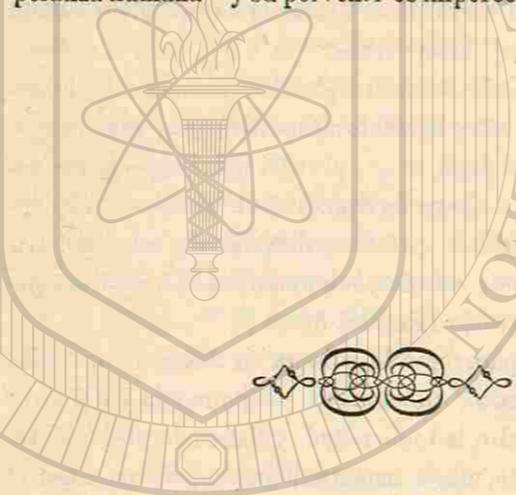
¡Con qué la religión cristiana, diremos después de este examen, tiene profecías! ¿Y quién ha podido negar jamás este hecho que es completamente histórico?

¿Quién no sabe que las primeras profecías antecedieron cuatro mil años al advenimiento de Jesús?

¿Quién que las sepa, no ha visto que en último resultado todas ellas no tienen otro objeto que la persona sagrada del Hombre Dios, Redentor del género humano que en su primer padre se hizo digno de un severo castigo, cuyo indulto fué anunciado desde la primera profecía que le prometió la venida de María Santísima y la del mismo Jesús?

XIV

En resúmen, la doctrina de Jesús es la ley del amor y de la justicia—es un guía más seguro que la razón humana—es invariable—es encantadora, aún ofreciendo sufrimientos y martirios—está extendida universalmente—enseña la moral más pura, más grande, más hermosa—es la que más ilumina—*no pugna con ninguna institución política*—conduce al cumplimiento de los deberes civiles—fué establecida contra toda esperanza humana—y su porvenir es imperecedero como su autor.



CAPITULO VI.

De las profecías y milagros.

I

SI armados de la más severa crítica examinamos atentamente el texto sagrado, veremos con claridad y diremos con Drach en su primera carta á los Israelitas, que 'todas las profecías no forman, en cerca de cuatro mil años que precedieron al Mesías, más que un gran círculo, cuyos radios van á parar á un centro comun que no es ni puede ser otro que Nuestro Señor Jesucristo redentor del género humano culpable desde el pecado de Adam. Tal es el objeto único de todas las profecías que procuran señalarle de manera que no nos sea posible desconocerle.'

¡Con qué la religión cristiana, diremos después de este examen, tiene profecías! ¿Y quién ha podido negar jamás este hecho que es completamente histórico?

¿Quién no sabe que las primeras profecías antecedieron cuatro mil años al advenimiento de Jesús?

¿Quién que las sepa, no ha visto que en último resultado todas ellas no tienen otro objeto que la persona sagrada del Hombre Dios, Redentor del género humano que en su primer padre se hizo digno de un severo castigo, cuyo indulto fué anunciado desde la primera profecía que le prometió la venida de María Santísima y la del mismo Jesús?

II

Por esto ha dicho Pascal: "La mayor prueba en pró de Jesucristo son las profecías. Así que, Dios ha tenido una particular providencia con respecto á ellas. *Las ha esparcido por todo el mundo con los judíos* que las llevaban consigo, pues debiendo ser creído el evangelio por todo el mundo, no sólo era preciso que hubiese profecías para hacerlo creer, sino también que estas *se esparciesen por todas partes, para hacerle creer en todas partes.*"

En efecto, los judíos dispersos por todo el mundo llevan consigo las profecías adonde quiera que van, y aunque no tienen códigos ni templos en todas partes, sí tienen un modo particular de conducirse entre sí que puede muy bien decirse arreglado á un derecho consuetudinario fielmente observado por ellos; y el solo hecho de que en donde quiera que hay judíos, existe viva la esperanza de que vendrá el Mesías, este solo hecho prueba que á todas partes llevan las profecías contenidas en sus antiguos libros.

III

El Abate Gaume en su "Catecismo de perseverancia," en seña que "las profecías son señales del Redentor y tienen por objeto el darnos á conocer sus verdaderas facciones. Lo que comienza la una lo concluye la otra, por manera que reuniéndolas todas, tenemos el retrato completo del Redentor, retrato que conviene perfecta y exclusivamente al Niño de Belem, de donde resulta que el Mesías anunciado por los profetas es verdaderamente Nuestro Señor Jesucristo.

Y si se preguntara: ¿Es verdad que las profecías señalan á Jesús? Contestaríamos desde luego: léanse aunque no sea más que con el espíritu filosófico de la crítica y después de léidas, dígase si es posible negar esto de buena fé.

¿Son acaso las profecías piezas sueltas y forjadas al acaso por manos que trabajaban aisladamente y sin concierto?

¿No son por el contrario eslabones de una bien unida y brillante cadena que en sus esplendorosos reflejos nos da el retrato más perfecto de Jesús?

Y si es así, puesta la mano sobre el corazón, digamos: ¿qué es lo que prueban las profecías con relación al Mesías que esperado estaba por las naciones todas de Asia, de Africa y de la culta Europa?

IV

Y como muy justamente hace observar Pascal en sus "Pensamientos:" "Las palabras de los Profetas se hallan mezcladas de profecías particulares y de las del Mesías, para que estas últimas no quedasen sin pruebas y las profecías particulares no fuesen infructuosas."

Y en efecto ni en las profecías particulares hay palabras que no se refieran á Jesús, como pruebas de las que tienen por objeto al mismo Jesús en la divina condición de Mesías, que con su pasión y muerte vendría á salvar al mundo.

V

Si consultamos el santo Evangelio, diremos con Augusto Nicolás: "Jesucristo es profeta, ya aplicándose las profecías antiguas, ya haciendo otras nuevas, como queriendo extender las primeras.

.....
"Jesucristo hizo nuevas profecías como extensión de las antiguas, profecías tan numerosas que casi podemos decir que todas sus palabras lo son, pues se refieren todas al triunfo ulterior de su doctrina que parecía iba á quedar ahogada y perdida."
.....

"Las profecías de Jesucristo son de una sencillez que se es-

capa á la atención y con el natural abandono de una inteligencia que ni siquiera se percibe inmediatamente de lo que revela porque lo pone en su misma fuente y de propia ciencia, porque lo concibe espontáneamente y debe ejecutarlo. Es el autor de los sucesos y hace las profecías tan naturalmente, como nosotros anunciamos el proyecto de hacer una cosa poco antes de llevarla á cabo."

Léase el Evangelio; y su sola lectura será bastante para palpar que Jesucristo Nuestro Señor se aplicó él mismo las antiguas profecías que eran relativas al Mesías; se verá que él mismo profetizó y se verá por último que lo hizo sin emplear el lenguaje misteriosamente simbólico de las antiguas profecías.

VI

Y decirse debe con Bossuet que "nada hay más grande ni más divino en la persona de Jesucristo que haber predicho por una parte que su iglesia había de ser atacada continuamente ó por las persecuciones del Universo ó por los cismas y heregías que se levantarían á cada paso, ó por la tibieza de la caridad á la cual se seguiría la relajación de la disciplina, y por otra haber predicho también que á pesar de tantas contradicciones, nada podría impedir á la Iglesia *vivir siempre* y tener pastores que se dejarían unos á otros y como de mano en mano la cátedra, es decir la autoridad de Jesucristo y de sus Apóstoles y con ella la doctrina sana y los sacramentos. Ningún autor de secta nueva se ha atrevido á decir lo que sería de él y de su secta á poco después de establecida; sólo Jesucristo se explicó *clara y abiertamente* no sólo sobre las *circunstancias de su pasión y muerte* sino también sobre los *combates y victorias de su iglesia*. No duda y anuncia en términos precisos una duración no interrumpida y sin otro fin que el del Universo; y esto lo promete á la obra de unos pobres pescadores."

Más adelante veremos cómo anunció á sus discípulos que él sería crucificado y que aunque su iglesia sería rudamente com-

batida por numerosos enemigos, sin embargo no prevalecerían contra ella las puertas del infierno, durando en consecuencia hasta el fin de los siglos la obra de sus Apóstoles que no eran más que gentes rudas de un pueblo que no figuraba entre los más cultos.

VII

MILAGROS.

Si de la meditación sobre las profecías, pasamos á considerar los milagros que nos refiere el Evangelio, llegaremos á verlos con una evidencia tal que queramos ó nó, tendremos que decir con Baile que "se necesita tener una frente de bronce para atreverse á negarlos."

VIII

Y si aún hay quien niegue los milagros, argüirsele debe con San Agustín diciendo: "Tú niegas los milagros, es decir no quieres admitir la evidencia; pero nada ganas con eso. El mundo *convertido sin milagros* es un milagro mayor que los que tú no quieres admitir. Cogido en una doble red, no puedes escapar del milagro sin caer en lo milagroso, y lo que nos dices, para eludir los milagros, les excede á todos."

Si se reflexiona en la inmensa magnitud de la obra de la conversión del mundo al cristianismo y en la pequeñez absoluta de los obreros que tal obra emprendieron, no es posible creer que esa conversión se haya operado por medios puramente humanos; y si de otro modo hubiera sido, tal conversión sería el milagro más grande que ha podido hacerse, viniendo en consecuencia á admitirse siempre que hay *milagros*.

IX

Mas no haya miedo de que sean desmentidos los milagros del Evangelio; por el contrario inspirémonos en el ejemplo de

San Pedro del cual dice Orsini en la "Historia de María:" "Lejos de temer que se le desmintiera, se dirige con valentía á una numerosa asamblea seguro de su adhesión general, evoca los recuerdos todavía recientes de los que le escuchaban y afirma en fin los milagros que han marcado con su sello divino la misión del hijo de María aún delante del gran consejo de la nación, que había contribuido con todo su poder á que se crucificara á Jesús. Los Senadores de Israel espantados y furiosos mandan apalear á San Pedro y á San Pablo para obligarles á guardar silencio, pero no desmienten como lo testifica el mismo Talmud los milagros que quieren atribuirse inútilmente á la magia."

Pega; pero escucha, dirá siempre el cristianismo á sus perseguidores, seguro en todas circunstancias de salir victorioso haciendo al fin evidente la verdad de los milagros del Evangelio; y sus frecuentes y repetidas victorias están publicándose día con día en las nuevas conquistas que hace el catolicismo en las filas de sus disidentes, sin que estas conquistas sean debidas á los alhagos seductores de un amor sensual que es desgraciadamente la causa determinante de las apostasías cometidas por desgraciados católicos.

X

Si nos remontamos á las elevadas regiones de la metafísica para estudiar si son posibles los milagros, es decir, si puede Dios derogar las leyes que ha establecido, tendríamos que convenir con Rousseau que "esta cuestión tratada seriamente, sería impía si no fuese absurda; y sería necesario encerrar al que la resolviese negativamente porque el castigarle, sería hacerle demasiado honor."

Siendo evidente que en donde quiera: *ejus est tollere cujus est condere*; y siéndolo también que el órden establecido en el universo es obra de la Primera causa, como la filosofía llama al Sér Supremo, Autor y Conservador del Universo, no puede haber razón para negarle el poder de suspender por un momen-

to los efectos de estas leyes naturales; de otra manera no sería Autor y Conservador del Universo, y necesario sería admitir la absurda é irresistible fuerza de una ciega necesidad. Mas por fortuna tan absurda creencia no puede sostenerse ante los milagros visibles del Evangelio.

XI

Dice por esto Cuadrato, autor que vivió en el primer siglo del cristianismo: "Las obras de nuestro Salvador fueron siempre visibles porque fueron reales; de esta clase son tanto las curaciones que hizo como las resurrecciones que verificó; y los sanados y resucitados fueron *vistos*, no sólo cuando fueron sanados ó resucitados, sino mucho tiempo después; no sólo mientras vivió Nuestro Señor Jesucristo en la tierra, sino después de su partida, y por bastante espacio de tiempo después de ella, tanto que algunos de ellos han llegado hasta nuestros tiempos."

Y en medio de los rudos combates que ha sufrido el catolicismo, no ha habido quien haya sostenido victoriosamente que tales hechos sean falsos, y á lo más se ha querido poner frente á los milagros de Jesús Nazareno, las prestigiosas arterías de algún impostor, de los que ninguno ha podido decir como Jesús: *¿quién me argüirá de pecado, ni quién me convencerá de error?*

XII

El conde F. L. de Stolberg refiere que "el Dios humanado escuchó las súplicas de su Madre en las bodas de Caná y el primer milagro que obró durante su santo ministerio, fué por las poderosas instancias de María. Este gran milagro y la multiplicación de los panes que efectuó más adelante en dos ocasiones, aluden al milagro más asombroso aún, que obra diariamente en nuestros altares por ministerio de sus sacerdotes."

En horabuena que... los disidentes no crean en que á cada instante del día se está operando en las iglesias católicas el milagro de que la hostia una vez consagrada, se convierte en el

glorioso cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo y el vino en su preciosa sangre; pero podrán negar los hechos atestiguados por tantos y tantos hombres que con su sangre y vida han confirmado la verdad de los milagros operados por Jesús, como el de las bodas de Caná y el de la multiplicación de los panes?

XIII

“Estos y en general todos los milagros de Jesucristo Nuestro Señor,” dirémos con Bossuet, “son de un orden particular y de un carácter nuevo. No consisten en señales que aparezcan en el cielo, tales como los judíos las pedían; él los hizo siempre en los mismos hombres y para curar sus enfermedades. Todos estos milagros revelan más *bondad* que *poder*; y la sorpresa que causaron á los espectadores es menos todavía, que la *gratitud* que hacen nacer en el fondo de sus *corazones*. El los hace con imperio; los demonios y las enfermedades le obedecen; por su sola palabra, los ciegos de nacimiento recobran la vista; los muertos salen de sus sepulturas y los pecados son perdonados. . . . Así nadie había hecho tantos ni tan grandes milagros; y sin embargo él promete que sus discípulos harán en su nombre mayores cosas.”

Reconozcamos pues la bondad divina tan á las claras revelada en los milagros de Jesucristo Nuestro Señor; raconozcámosla en esos milagros que refiere el Santo Evangelio y que tantos celosos confesores han predicado y tantos millares de valerosos mártires confirmado con su sangre, y grabemos en nuestro corazón con letras de fuego la memoria de los beneficios que estos milagros significan para la humanidad puesta bajo el amparo todo poderoso de la Divina Providencia.

XIV

Y este llamamiento que hacemos para que se reconozca y agradezca la bondad divina es acaso un arranque de puro misticismo? No, el mismo Voltaire nos dice: “Los milagros de Je-

sucristo marcan su poder y su *bondad*, como la vista dada á los ciegos y la vida á los muertos, los energúmenos librados y el agua convertida en vino; y al mismo tiempo son símbolo de algunas verdades morales.”

El agua convertida en vino, la curación de los ciegos y de los energúmenos y la resurrección de los muertos son acaso vanas ostentaciones de poder ó como dice, confiesa y predica aún el filosofismo, son pruebas del Poder y de la bondad de Jesucristo al mismo tiempo que la enseñanza simbólica de muy grandes verdades morales?

Tolle et lege dirémos al que no confiese ni aún con Voltaire la verdad de los milagros de Jesucristo; sí, toma y lee el Evangelio le dirémos, toma y lee los “Hechos de los Apóstoles” cuya autenticidad está confesada por Guizot; y niega entonces, si puedes, que allí encuentras á Dios suspendiendo el curso natural del Universo, no para que se dijera ¡cuánto y cuán grande es el poder de Jesucristo, sino cuánto y cuán ardiente es el amor que tiene á sus criaturas, siendo estas las verdades morales que los milagros significan!

XV

Que las profecías se hicieron muchos siglos antes de Jesucristo; que se cumplieron en su persona todas las que se referían al Mesías; que Él mismo fué autor de profecías que se han cumplido y están cumpliéndose en el Judaismo y en el cristianismo; que hizo milagros en beneficio de los hombres, cosa es, que refiere la historia, enseña la razón y cree firmemente la fé de millares de hombres, entre ellos, aún los más sabios y los más virtuosos contra una pequeñísima falange de escritores ni muy sabios ni muy ejemplares por su conducta.

CAPITULO VII.

De la vida, pasión y muerte de Jesús.

SCHELLING citado por A. Nicolás dice: "El hecho de la existencia de Jesucristo se nos presenta, tal como el Evangelio lo ha descrito." Así confiesa Schelling que hay un libro que lleva el título de Evangelio; confiesa que ese libro se ocupa de referir la vida de Jesucristo Nuestro Señor y por último confiesa que la realidad de esta existencia, que este sabio mira por una parte fuera del relato del Evangelio, está enteramente conforme con la descripción que por otra hace de aquel personaje histórico este sagrado libro.

Y en presencia de la confesión de este sabio ¿qué es lo que puede objetar la crítica más parcial y apasionada contra la certidumbre de tal existencia?

Nada en verdad, y puede agregarse con A. Nicolás: que "si se destruyen todos los monumentos históricos, queda anulada la certidumbre de la vida de César y casi la de Napoleón; mientras que la certidumbre de la vida de Jesucristo sobrevivirá todavía, porque subsiste en *un hecho siempre vivo y actual*, el cristianismo. El cristianismo que no es la doctrina sola sino la

sociedad cristiana que existe no en un rincón oscuro y desconocido sino en todas partes, en Francia, en Europa, por todo el mundo.

Pues bien, este hecho, el más inmenso, y arraigado de todos los hechos y del cual todos los otros no son más que *accidentes*, este hecho tiene por *centro y punto de partida*, la persona de Cristo, el Cristo solo.

En efecto si cerramos los ojos para no ver ninguno de los monumentos que recordando están la venida de Jesucristo Nuestro Señor, si quisiéramos tapiar nuestros oídos para no oír lo que nos dice la historia, dejaríamos de ver á esos grandes como César y Napoleón, cuya memoria está dependiente de pequeños trofeos y de plumas que con más ó menos elocuencia nos han descrito sus hazañas; y con todo eso, no dejaríamos de ver en las naciones católicas y aún en las protestantes la verificación de un hecho que es la existencia del cristianismo, hecho que se llama así porque Cristo es el fundador del cristianismo, cuya moral sublime, revelando está hace diez y nueve siglos toda la pureza y santidad de la persona de su Divino Fundador.

III

Si su vida es la más alta y la más pura, toda la cuestión está en esto. "¿Es verdad que ese Jesús de Nazareth hizo ver en la tierra la vida divina y humana más alta y más pura que es posible aparezca en ella? Estuvo en vida constantemente victorioso del error y del mal, aunque enteramente sometido á las leyes de la tierra y de la historia de nuestra humanidad?"

"Esta vida tomada en el seno de Dios fundó el reino de Dios para Israel y para todas las naciones, para todos los hombres y para siempre."

Pues bien, ese es cabalmente el fruto de las averiguaciones más exactas y de la creencia más profunda.

¿Qué pueden decir de esa vida de Cristo los que hoy día dudan? ¿No está en toda su realidad ante nuestros ojos? Acaso toda nueva averiguación y todo nuevo esfuerzo científico no ha-

ce resaltar su realidad con una claridad más esplendente? No se encuentra su sublimidad siempre más sorprendente de lo que se había pensado?

Sí, esa vida es hasta el fin de todos los siglos la luz que alumbra á todo el género humano. ¿Y quién puede por lo tanto tener todavía apego al error, quién puede estar abatido, descorazonado si ha divisado esa luz una sola vez? ¿Y en qué tiempo, en qué lugar, en qué corazón no brilla esa luz?

“Así lo enseña *Ze Se Gahte Cohri Stus und feiner Beit*” y nadie puede dudar de la existencia ni de la pureza y santidad de Jesucristo, sin publicar una ignorancia supina ó una notoria mala fé, cuando tenemos pruebas de que Cristo vivió y vivió bien; y de que sin embargo de su santidad fué martirizado públicamente.

IV

De esas pruebas habla Tertuliano en su “Apologética” cuando dice á los Romanos: “En vuestros archivos públicos teneis el relato de la catástrofe que señaló la pasión de Jesús.” Y nosotros agregamos que todo el que conozca algo de historia, sabe por fuerza, ¡con cuánta diligencia reunían y conservaban los Romanos en sus archivos públicos los anales de los hechos dignos de recordación! y sabe por fuerza el contenido de la carta que Poncio Pilato, Gobernador de la Galilea dirigió al Emperador Tiberio, dándole cuenta del suplicio de Jesucristo.

V

Y son tantas las pruebas que hay de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo que por eso dice Frayssinous en su “Defensa:” que hace diez y ocho siglos apareció en la Judea un personaje extraordinario llamado Jesús de Nazareth, notable por la santidad de su vida y á quien *el odio de los Judíos* hizo morir en una cruz bajo el reinado del Emperador Tiberio, es un hecho atestiguado por la *creencia más antigua, constante y*

universal, por una serie no interrumpida de testimonios de escritores que se suceden y sostienen mutuamente desde su origen y por la autoridad misma de los enemigos más encarnizados del nombre cristiano; es decir, de los judíos y de los paganos. De este modo la existencia de Jesucristo en la época en que la coloca la historia evangélica, está mejor probada que la de ninguno de los más famosos personajes de la antigüedad, tales como Sócrates, Alejandro ó César de quien nadie duda; y el no ver en Jesucristo más que un sér fabuloso, sería no sólo el colmo de la impiedad á los ojos del cristianismo, sino el colmo de la demencia á los de todo hombre sensato.”

Y aunque no dice Frayssinous quién fué el que crucificó á Jesucristo; lo dice un autor en sus anales como vamos á ver.

VI

Este autor es Tácito que al hablar de los cristianos dice: que “tenían su nombre de un Cristo que Poncio Pilato hizo crucificar bajo Tiberio.”

En tiempo pues de Tácito, no sólo existía ya el cristianismo, sino que era sabido que sus prosélitos derivaban su nombre tenido entonces como ignominioso, del nombre de Jesucristo Nuestro Señor que Poncio Pilato había hecho crucificar como malhechor en los días luctuosos del Emperador Tiberio.

De esta manera, aún cuando no pudiéramos invocar otro testimonio que el de Tácito para comprobar la verdad del hecho, sería con todo cierto, como decimos al rezar el Credo: que *Jesucristo Nuestro Señor fué crucificado bajo el poder de Poncio Pilato.*

Y no se diga que la pasión y muerte de Jesucristo es un hecho aislado y sin trascendencia para la humanidad.

VII

Por el contrario, la muerte de Cristo Nuestro Señor es el momento preciso en que acaba toda la historia antigua y su se-

pulcro parece que no se cierra sino para sepultar en él la vieja humanidad.

Gratry en su obra "Sofistas y la crítica" se expresa así; y no hay un sólo historiador sensato que no corrobore semejante aserto."

¿Quién no confiesa que las tinieblas que oscurecieron la inteligencia humana se disiparon cuando del sepulcro de Jesús brotó la luz brillante del cristianismo? ¿Quién no confiesa que las llagas asquerosas que cancerado tenían el corazón del hombre desaparecieron y curadas se cerraron con la sangre preciosa que derramó Jesús en el Calvario de la manera más espontánea y amorosa?

VIII

Por esto precisamente dice el racionalismo con M. Renan: "Aún podía evitar la muerte; pero no lo quiso.—Prevaleció el afecto á su obra.—Aceptó beber el caliz hasta las heces. . . . Y ya no queda más que *el héroe incomparable de la pasión*, el modelo cabal que todas las almas afligidas *meditarán para restablecerse y consolarse.*"

"Vió en su muerte la salvación del mundo; perdió de vista el horroroso espectáculo que se desplegaba á sus piés, y profundamente obediente á su Padre, comenzó en el patíbulo la vida divina que *iba á continuar por siglos infinitos en el corazón de la humanidad.*"

El racionalismo confiesa de ese modo que el sacrificio de Jesús fué voluntario y obra del amor que tenía á su misión divina; que sufrió el suplicio con heroicidad incomparable, haciéndose el objeto de meditaciones consoladoras.

Confiesa el racionalismo que *Jesucristo* vió en su muerte la salvación del mundo y que en esta misma muerte comenzaba la vida divina que por siglos infinitos iba á regenerar el corazón humano; y haciendo esta confesión el racionalismo, se constituye propugnador de la perpetuidad que Cristo prometió á su

Iglesia con las palabras: *et portæ inferi non prævalebunt adversus eam:*

IX

Oida la confesión del racionalismo, qué mucho que el espíritu religioso exclame con A. Nicolás: "¿Cómo pudo cambiar la faz del mundo este muerto semejante en todo á los demás muertos, según M. Renan y cómo tuvo más acción que ninguno otra vida? Comúnmente la vida es la que funda y la muerte la que derriba; mas en Jesucristo es á la inversa, pues su misma vida fué infecunda y sólo su muerte y por *su muerte redimió al mundo.* De lo alto de su cruz fué donde lo atrajo todo *á sí* y lo sacó de sí todo; y en *aquel cadalso* y en este estado, es donde *continúa al cabo de dos mil años, santificando y vivificando al mundo.*"

En efecto, ¿qué muerto ha tenido más influencia sobre su posteridad? La muerte ha venido siempre á enterrar en la oscuridad del sepulcro todas las glorias de los más grandes hombres, hasta el extremo de no saberse sino por muy pocos el lugar de su sepulcro. ¿Y quién ignora el lugar del sepulcro de Cristo Nuestro Señor?

¿Quién no sabe que su muerte nos redimió del cautiverio del mal?

¿Quién no vé en la cruz el instrumento de nuestra salvación quién no se siente atraído hacia ella por una fuerza misteriosa?

¿Y quién no palpa que Jesús crucificado es el que vivifica y santifica desde hace dos mil años á las naciones que le han seguido en el Calvario con la esperanza de acompañarle amándole siempre con la ternura inextinguible de la caridad?

X

Así que, todo nos autoriza á decir con Emilio Castelar: "Véase señores, cómo la historia, la religión, los dogmas, las esperanzas del pueblo Hebreo traen consigo á Jesucristo. Señores,

antes de concluir mirémos á Jesús: el Eterno, el que había en su mano cogido la candente materia y formado los astros, para arrojarlos como notas de un gran concierto, en los espacios, no encuentra asilo en el universo; el que con su soplo infundió la vida al espíritu humano, no es entendido ni escuchado de los hombres; el que encendió el sol, tuvo frío; el que derramó las aguas en la tierra, tuvo sed; el que había dado vida á todos los séres que bajo el cielo se mueven, tuvo hambre; *el que había forjado todos los poderes de la tierra, fué esclavo de los jueces del mundo; el que se apareció en el Sinaí en gloriosa nube, teniendo por mensajero el trueno, el huracán y el relámpago, por centro el rayo, inundado con los resplandores de la luz increada, hablando por la voz de la tempestad, y de los espumosos torrentes, la causa de toda existencia, el creador de toda vida muere en afrentoso suplicio, en el Calvario, entre dos ladrones, y al morir derrama en el mundo la verdadera vida, el eterno espíritu que va á ser el alma de toda civilización.*"

¿Y qué podremos agregar á lo dicho por Emilio Castelar, sino que creemos firmemente en la vida, en la pasión y en la muerte de Nuestro Señor Jesucristo?

XI

Y que creemos en ella como lo predicó el Cardenal Cheverus diciendo: "Supongamos un hombre tan generoso que viendo á uno de vosotros expuesto á sucumbir en manos de su enemigo, se arroja entre él y el asesino y le salva la vida con su muerte. Un pintor conmovido por semejante rasgo de heroísmo hace el retrato de aquel hombre tan generoso y lo presenta cubierto de llagas y bañado en sangre al salvado. ¿Qué hará éste entonces? Lo abrazará con amor y reconocimiento—lo besará—lo regará con lágrimas y su corazón experimentará las más violentas impresiones. Hermanos míos, este es el *dogma católico sobre la cruz.*"

Pues bien, digamos con el Cardenal Cheverus que creemos

así el dogma católico y que en esta fé y creencia queremos vivir y morir como católicos, apostólicos, romanos.

XII

La vida de Jesucristo está referida y creida aún por la filosofía; y no puede ser racional negarla—su pasión dolorosísima excede con mucho á lo que puede naturalmente sufrir el hombre sin morir en la desesperación,—su muerte no revela debilidad ni desfallecimiento, se verificó dulce y tranquilamente perdonando á sus verdugos y como un sacrificio ofrecido voluntaria y libremente á su Eterno Padre.



CAPITULO VIII.

Circunstancias milagrosas de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

I

SAN Dionisio Areopagita hablando de las circunstancias milagrosas de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, dice: "Apolófanes debe acordarse de lo que pasó, cuando estábamos juntos en Egipto. Nos hallábamos los dos cerca de la ciudad de Heliópolis, cuando de repente vimos reunirse la luna con el sol, aunque no era tiempo de conjunción; lo cual produjo un *grande eclipse*; en seguida hacia la novena hora del día, la vimos otra vez dejar el sitio que ocupaba debajo del sol, para volver á colocarse en el sitio diametralmente opuesto. Esto podeis decir: Y vos Apolófanes desmentidme, si os atreveis, pues presenciaba con vos aquel espectáculo, y con vos le ví y admiré. En fin, en aquel momento Apolófanes, como fuera de sí, exclamó dirigiéndose á mí, cual si hubiese adivinado lo que sucedía: Mi querido Dionisio *esos son cambios de las cosas divinas.*"

¿Y quién que se haya ocupado de la pasión y muerte de Jesús, no se ha encontrado siempre con el testimonio autorizadísimo de Dionisio Areopagita, respecto del eclipse milagroso de la pasión y muerte de Jesucristo? ¿Quién no recuerda que con este motivo dijo este sabio y santo varón: "ó el mundo se

acaba ó el autor de la naturaleza padece?" Pero la historia de eclipse tan milagroso sólo ha llegado á la posteridad por el testimonio de San Dionisio?

II

No, Phlegón refiere que "en la Olimpiada 202 correspondiente al año 33 de nuestra era, hubo el mayor eclipse de sol que se haya visto jamás y que á hora de medio día se descubrieron las estrellas en el cielo; pero habiendo demostrado la astronomía que en aquel año no pudo haber ningún eclipse, forzoso es reconocer que la causa de semejante é inaudita oscuridad fué toda sobrenatural."

Así discurre Roselly de Lorgues en "Jesucristo en presencia del siglo;" y así discurrirá cualquiera que vea que la pasión y muerte de Jesús se verificó en un día en que la tierra estaba entre el sol y la luna, es decir, en el plenilunio, sin que por consiguiente hubiera cuerpo alguno que por su interposición pudiera impedir ni aún parcialmente que el sol iluminara á la tierra.

III

Guillermo Stanishursto en su "Dios inmortal," dice: "Se extinguen todas las lumbreras del cielo, se ocultan los astros, el sol mismo privado de su resplandor, al oscurecerse el resplandor del Padre, se envuelve en un caliginoso y oscurecido globo; todo el cielo en medio del día, se nubla y cubre de una espantosa noche; y principalmente sobre el Monte Calvario carga un tenebroso torbellino con que Jerusalem y toda la Judea queda entenebrecida. Finalmente, *todo el orbe se vé cercado del espantoso horror de las tinieblas.*"

Y esto, que así refiere la historia, describe la ciencia y medita el espíritu religioso, no fué narrado por los Evangelistas sino de la manera más sencilla, diciendo: "y desde la hora de sexta se cubrió de tinieblas toda la tierra, hasta la hora de nona."

IV

Bossuet en su inimitable "Discurso sobre la historia universal" dice: "Las tinieblas que cubrieron toda la haz de la tierra en pleno mediodía y en el momento en que Jesucristo fué crucificado, fueron tomadas como un *eclipse ordinario por los autores paganos* que han remarcado este memorable acontecimiento. Mas los primeros que han hablado de él á los romanos como de un prodigio notado no solamente por esos autores, sino también por los registros públicos, han demostrado que en el tiempo de luna llena en que murió Jesucristo, ni en todo el año en que este eclipse fué observado, pudo verificarse eclipse alguno que no fuese sobre natural. Nosotros tenemos las propias palabras de Phlegón, liberto de Adriano, citadas en un tiempo en que su libro andaba en manos de todo el mundo, así como también la historia de Siria escrita por Thalle que le siguió; y el año cuarto de la Olimpiada 202 marcada en los anales de Phlegón, es constantemente el de la muerte de Nuestro Señor."

La conducta de los escritores cristianos que llaman la atención sobre este eclipse, revela la buena fé y su estudio sobre la materia, pues mientras por un lado refieren que autores paganos han mirado como natural este eclipse, por otro apelan á la ciencia que ha demostrado que no ha podido ser sino milagroso.

V

El Conde F. L. de Stolberg, modelo de piedad y de ilustración, razonando sobre este eclipse en su "Vida de Jesucristo," dice: Es evidente que aquella oscuridad no podía ser efecto de un *eclipse ordinario* de sol, porque este no puede ocurrir en el plenilunio; y la pascua de los judíos debía celebrarse siempre durante él. Si Phlegón habla de esta oscuridad y es verdad, que se vieron las estrellas en el firmamento, este fenómeno no podía proceder tampoco del oscurecimiento de la atmósfera que

precede ó acompaña á los grandes terremotos. El Señor quiso que la misma naturaleza atestiguase con señales extraordinarias á favor del mayor acontecimiento que ocurrió jamás sobre la tierra."

Autores antiguos como Dionisio el Areopagita, Phlegón y Thallo testifican la verificación del eclipse y autores muy ilustrados como Stanishursto, Bossuet y Stolberg, discurriendo acerca de él, convienen en que no pudo ser natural y lo confiesan y predicán en sus obras, que conoce todo el mundo y de las que algunas son estudiadas todavía en Francia, España, Italia, Alemania y en las diferentes partes de América; de modo que aún sin abrir el sagrado Evangelio, tenemos pruebas de que al morir Jesús en el Calvario, hubo un eclipse total de sol que no pudo ser natural.

VI

Mas no fué el único fenómeno portentoso que tuvo lugar en esos días, pues como refiere Plinio: "en el reinado de Tiberio que fué en el que se verificó la muerte de Jesús, arruinó doce ciudades de Oriente un terremoto, tal como no hay memoria humana que se viera jamás."

No dice Plinio que tal terremoto hubiérase verificado precisamente en el día y hora en que Jesucristo Nuestro Señor fué crucificado por Poncio Pilato, pero sí se dice en un libro que andaba en manos de todo el mundo, como lo afirma Bossuet, sin que nadie haya desmentido hasta ahora lo que tal libro refiere.

VII

El libro á que nos referimos fué escrito por Phlegón, liberto del Emperador Adriano y en él se dice: "En el año 4º de la Olimpiada 202, hubo un eclipse, que fué mayor que todos los de que tenemos noticia. A la hora sexta (el medio día) era de noche; de modo que se veían las estrellas y en Betania hubo

un gran terremoto que arruinó una porción considerable de ciudades de Nicea" (Lib. 3º apud Euseb.)

Y en una nota de la "Vida de Nuestro Señor Jesucristo" por Stolberg se agrega: "Según la cronología de una multitud de sabios, la época de que aquí se trata coincide con el año de la muerte de Nuestro Salvador." El mismo Eusebio cita sin nombre otro escritor griego que se expresa así: "El sol se había oscurecido; un temblor conmovió la Betania y gran parte de la ciudad de Nicea se arruinó."

Si se exigiera todavía otro testimonio, no habría por qué no remitir al incrédulo á otra fuente que es el libro escrito por el abate Gaume.

VIII

Este piadosísimo autor nos hace recordar "que en cuanto se cumplieron las condiciones, se ejecutaron las promesas. En el momento en que *espiraba Jesús y en el que con el precio de su sangre compraba el título de Salvador*, de Juez,—y de Soberano de todos los hombres, se *desquició toda la naturaleza* ya para reconocer á su Rey, ya para llorar su muerte ó para preparar su triunfo."

"Las tinieblas que durante tres horas se repartieron por la superficie de la tierra, se disiparon."

"El velo del templo, es decir, el velo que separaba la parte del templo que se llamaba el Santo de la que se llamaba el Santo de los Santos, se desgarró en toda su longitud. *La tierra tembló.*"

Y si se objetara que es sospechoso el testimonio favorable de un cristiano, ¿con qué título se admitiría el testimonio hostil de un impío que venga ahora á contradecir un hecho antiguo que está cimentado en la autoridad de escritores que estuvieron en mejores condiciones para juzgar del hecho y asegurar su verdad, cuando el incrédulo no puede invocar la antigüedad para corroborar su contradicción?

IX

Ludolfo de Sajonia en su "Vida de Jesús" dice: "*Llegaba el sol al medio de su carrera*, cuando extinguidas todas las lumbreras, cubrió el mundo una densa, oscura y tenebrosa noche, como la de Egipto; todo el aire se cubrió de tinieblas horrorosas y el día no presentaba sino el aspecto horrible de la más lóbrega y tormentosa noche; tanto que admirado el gran Dionisio Areopagita, que no contaba más que veinticinco años de edad y se hallaba en Heliópolis, ciudad de Egipto, estudiando astrología, no pudo menos de esclamar: "O el mundo se acaba, ó su autor padece," comprendiendo desde luego que tinieblas tan largas y espantosas no podían verificarse ni suceder en aquella hora sin un milagro claro y evidente. Los filósofos atenienses que se hallaban en el Areópago comprendieron lo mismo que Dionisio.

La tierra sacudida desde sus más profundos cimientos, estremecida con temblores, vacila, fluctúa en todos sus ejes, se mueven los sepulcros, se levantan las tumbas, rásgase el velo del templo y se rompe en dos partes; los elementos se amotinan; la naturaleza parece que vuelve á su antiguo caos y todo lo criado se mira como perecer con su Criador."

X

¿Y cuáles son los motivos que pueden obligarnos á creer á Ludolfo de Sajonia? Esos motivos son: que su testimonio relativo al eclipse está fundado en la autoridad de Dionisio, Phlegón y Thallo, aparte de la de Stanishursto, Bossuet y Stolberg.

El relativo al terremoto se apoya en la autoridad de Plinio y Phlegón y de Stolberg, y de Gaume, sin que se pueda tachar ni aún de sospechosos de parcialidad á los primeros.

Si se rasgó el velo del templo y si se abrieron los sepulcros y resucitaron los muertos, este testimonio se funda en los de Stolberg, Darras y en los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, de

cuyas historias sale garante el mismo Rousseau, cuando dice: que "es más fácil concebir que un hombre solo haya dado materia para que se escribiera el Evangelio que el imaginarse que muchos de común acuerdo le hayan forjado."

Es por lo mismo innegable aún para los filósofos no cristianos que la muerte de Jesús en el Calvario se verificó en medio de los fenómenos más prodigiosos de la naturaleza.

XI

Y á este propósito diremos con Darras en su "Vida de Jesucristo:" Los racionalistas guardan un silencio absoluto sobre los prodigios que señalaron la muerte del Hombre Dios. Y no obstante, algo es una *súbita oscuridad* extendiéndose por toda la naturaleza desde el medio día hasta las tres, en un día de luna llena, en que es inexplicable un eclipse de sol, según los fenómenos naturales. Rocas que se dividen y se parten deben dejar *restos de rupturas*. Un terremoto que desgarró el velo del templo y remueve y levanta las losas de los sepulcros y deja consternada una multitud como la que llenaba entonces Jerusalem, no debió ser un hecho desapercibido. Calculando en quinientas mil almas la multitud reunida en la ciudad santa para la solemnidad Pascual, todavía sería un cálculo corto."

¿Mas el silencio de autores que escriben hoy, haciendo punto omiso de tales y tan terroríficos portentos, hará racionalmente dudosa á la historia escrita por autores que el mismo Renan confiesa que vivieron en el primer siglo y que narran hechos que ellos afirman haberse verificado públicamente, sin que los contemporáneos los hayan desmentido con fundamento?

XII

Dice en el Diccionario de antigüedades bíblicas, M. de Sauley: "Esta quebradura, (la de la roca del Calvario) que estudié con el mayor cuidado, es *vertical* y forma una línea on-

dulosa de Este á Oeste. Lo que de ella puede verse tiene un largo de metro y sesenta centímetros y su mayor anchura es de veinticinco centímetros. Existe una prueba material de que esta quebradura no es una vena natural que hubiese entre dos capas paralelas de la roca y es que según la ley de los cuerpos que se parten violentamente en dirección vertical va disminuyendo la anchura de alto á bajo."

Cuando tantos enemigos tiene el cristianismo, asombra que no haya sido destruida esa prueba material de que habla la ciencia en boca de M. Sauley, testificando que es milagrosa la ruptura de la roca del Calvario, sin que tan autorizado testimonio pueda ser mirado como único ni como parcial.

XIII

Creemos por lo mismo con el muy ilustre Ventura de Raúlica, que: "Dios había anunciado por medio del profeta Ageo que á la muerte del Mesías se obrarían prodigios inauditos y estupendos y que trastornarían el cielo y la tierra."

Creemos que esta profecía se cumplió literalmente y que apenas el Redentor espiró en la cruz, cuando el velo del templo, como dicen los evangelistas, "se dividió en dos partes, desde arriba hasta abajo por una mano invisible y con un ruido inmenso; que las espesas tinieblas que tres horas antes se habían esparcido se disiparon y el sol salió más brillante de su eclipse sangriento; que la tierra se conmovió; que las rocas se rompieron; que las tumbas se abrieron y los muertos resucitaron."

Esto es lo que como cristianos creemos por un gran beneficio de Dios y á fé que las pruebas incontrastables del cristianismo que es la única religión que tiene pruebas, como hace notar Fontenell, nos ponen á cubierto de la nota de preocupados.

CAPITULO IX.

Resurrección.

I

LAS circunstancias milagrosas de la pasión y muerte de Jesús, que nadie puede negar racionalmente, disponen el ánimo á dar ascenso al dogma católico de Jesucristo resucitado que canta la poesía, que refieren los viajeros, que revelan los monumentos, testifica la historia, demuestra la filosofía y *adora* la religión.

II

El poema divino de Klopstock nos pinta á Gabriel sentado sobre la roca que sirvió de sepulcro á Nuestro Señor Jesucristo y á dos ángeles de pié que mirando en medio de la oscuridad á los amigos de Jesús que se acercan al pié del Gólgota, convienen en velar los resplandores de su gloria y en tomar formas humanas, para habitar á las apariciones celestiales.

El segundo cuadro que describe, representa á Magdalena que huye despavorida al ver abierto el santo sepulcro, mientras las demás santas mujeres continúan aproximándose al lugar en donde estaba un mancebo hermoso como el primer destello de la luz, cubierto de la blanquísima vestidura de la brillante aurora que las conduce á la entrada del sepulcro.

Más allá dibuja á Magdalena que habiendo encontrado á Juan y á Simón Pedro, volvió á emprender con ellos el camino del Gólgota que se dividía en dos sendas al pié de una verde colina, siguiendo ellos por la derecha de la colina, mientras por la otra senda descendían las santas mujeres.

Otro cuadro está formado de Juan que llegó el primero, y mira lleno de dolor y de respeto el sudario tendido en tierra, y que parecía doblado con esmero por una mano hábil; y oprimido el pecho y trémulas las rodillas, ve llegar á Pedro que se le reune, y contempla enagenado el perfumado lienzo que cubierto había el cadáver del Divino Jesús.

Con sombríos colores de poesía pinta á los dos apóstoles, retirándose del sepulcro, en donde queda sola Magdalena, que enjugadas sus lágrimas, y como saliendo de una visión, entreve apenas un grupo de ángeles en el fondo del Santo sepulcro, en donde sólo buscaba á Jesús.

En la última escena del Calvario, el día de la resurrección, figura también Magdalena que conociendo á su Divino y amado Maestro en un hombre que se le presenta de improviso, dobla las rodillas, levanta su pálida y helada frente y cae á los piés del Salvador resucitado.

Si la poesía no hubiera producido más obra que tan bellos cuadros, podría sin embargo llamársela inspiración divina, al sentir la suavísima y consoladora impresión que en el alma deja la lectura de las primeras escenas de la resurrección.

Y la magnificencia de tantas bellezas queda realizada, cuando viajeros como Chateaubriand, Lamartine y Eizaguirre nos hacen participar del dulce consuelo que se experimenta, al visitar el santo sepulcro de Jesucristo, que no es una creación fantástica de una mujer alucinada.

III

Uno de estos viajeros, Eizaguirre en el "Catolicismo y sus disidentes," nos dice: "En el Santo sepulcro, fueron siempre

á concluir mis estaciones: allí el alma encuentra nuevos motivos de alegría: esa *pedra caída* le señala abierta la sepultura de su Dios, en ella quedaron abismadas la muerte, la miseria y la culpa; mientras la gracia, la vida y la inocencia resucitaron con Jesucristo. Sí, el alma se entenece por la abundancia del mismo gozo, sí, el corazón sensible se deshace en llanto, la voz del ángel le dice desde la peña: "No llores, Jesús resucitó y está contigo." Diez veces he hecho esta visita solitaria, y ni una sola he dejado de sentir las mismas impresiones."

¡Dichoso el cristiano que llega á pisar el suelo del Calvario santificado con la sangre preciosa del crucificado, bienaventurado mil veces el cristiano que visita el santo sepulcro!

IV

Y tantos viajeros y tantos peregrinos que han ido, que van todavía y que irán sin duda hasta el fin de los siglos á los santos lugares, no son llevados del espíritu que anima á los Musulmanes que van á la Meca. Allí están á nuestro alcance las piadosas relaciones de viajeros y peregrinos y ellas traspiran el perfume confortante del incienso que se quema al pié de los altares del Hombre Dios, que en cuerpo y alma está en los cielos.

V

¿Y por último los cruzados que conmovieron al mundo entero, sin más móvil que el intento piadoso de reconquistar el sepulcro santo de Jesucristo, no significan otra cosa que alucinación y fanatismo?

VI

No, no es la alucinación de una mujer la que dió al mundo un Cristo resucitado, no es la devoción engañosa de ignorantes y fantásticos peregrinos y cruzados. El santo sepulcro, en donde el primer viernes santo fué encerrado el cuerpo de Jesucristo, y de donde salió el primer día de la Pascua cristiana, es

el monumento vivo que testifica la resurrección de nuestro Divino Salvador.

VII

No es la alucinación de una mujer la que hizo decir á Josefo en sus "Antigüedades judaicas:" En aquel tiempo, (en el de Herodes) vivió Jesús, hombre sabio, si es que debe ser llamado *hombre*; pues ejecutaba cosas maravillosas y era maestro de las personas amantes de la verdad. Atrajo así á muchos judíos y aún á muchos gentiles. Este era Cristo. Y aunque acusado por muchos de los principales de entre nosotros y *condenado á la cruz por Poncio Pilato*, no por eso dejaron de adherirse á él los que le amaban, pues de allí á tres días *se les apareció otra vez vivo*; todo lo cual y otras mil cosas más maravillosas habían anunciado acerca de él los Santos profetas."

Y téngase muy en cuenta que Josefo general é historiador nació y murió en el siglo primero, y como contemporáneo del establecimiento y fundación del cristianismo, es testigo autorizado y competente de los milagros, crucifixión y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, resurrección que escritores del siglo XIX quieren atribuir á la alucinación de una pobre mujer, sin curarse de las pruebas que su verdad apoyan!

VIII.

¿Y será también obra de la alucinación lo que se refiere en los hechos de los Apóstoles? Allí se dice: "que Jesús Nazareno que fué crucificado y muerto por los judíos, resucitó al tercero día."

Lo mismo se refiere en el Evangelio de Mateo, Marcos, Lucas, Juan; y puede preguntarse ¿hay quien siquiera dé á entender que se hayan visto después de tres días los restos mortales del crucificado por Poncio Pilato en medio de dos ladrones? ¿Y esto también será obra de la alucinación de la pecadora Magdalena?

IX

El Conde de Stolberg dice á este propósito: "La misericordia de Dios manifestó y confirmó esta gran verdad de la resurrección de Jesucristo sobre que estriba nuestra fé, con pruebas y testimonios tan multiplicados, tan visibles y tan convincentes que es imposible dudar de ella por poco sincero que uno sea."

"Cuatro autores coetáneos han escrito la narración de este grande acontecimiento y dos de ellos, acaso todos, *le tocaron, y comieron y bebieron con él* después de su resurrección. Tres de ellos escribieron su evangelio en una época en que vivían todavía los más de los contemporáneos de Nuestro Señor, y San Mateo escribió el suyo en el año octavo después de la resurrección del Salvador, en Jerusalem, y le compuso en lengua hebrea, á la vista de los enemigos de Jesucristo y del Sumo Sacerdote Caifás."

"Al undécimo día de la Ascensión del Hijo de Dios, los doce Apóstoles testificaban la resurrección de Jesucristo con alegría y valor en vida, lo mismo que al instante de morir, á presencia de los Principes, de los Sacerdotes y de los fariseos que habían entregado Nuestro Señor á Herodes que estaba en Jerusalem, á vista de todo el pueblo, sin amedrentarse por las amenazas, ni dejarse vencer con las prisiones, los maltratamientos, el martirio y la muerte, y convertían á muchos miles de personas que se hicieron testigos de esta doctrina por una vida santa y por la confesión espontánea y gozosa de su creencia entre las cadenas y en medio de los tormentos."

¿Qué es lo que puede decirse en contra de esto? Si, testigos coetáneos y presenciales refieren el hecho ¿qué podrá objetar la sana crítica, cuando por un lado no se encuentra quien victoriosamente contradiga los testimonios positivos que apoyan la verdad de la resurrección de Jesucristo y cuando por otro los autores de tales testimonios no desmienten su aserto, ni aún

en medio de los dolorosos martirios que les hicieron sufrir para que no continuaran predicando la vida, doctrina, pasión, muerte y resurrección de Jesús crucificado?

X

Si deseamos saber con precisión cuánto tiempo permaneció el cuerpo de Jesús en el sepulcro, quiénes lo vieron después de resucitado y cuánto tiempo estuvo en el mundo, abramos la historia de Jesucristo escrita por Ludolfo de Sajonia y allí veremos que *desde las seis de la tarde de la feria sexta*, esto es, pocos momentos antes del principio del sábado y de la Pascua, *hasta la aurora* de la primera feria, esto es, de nuestro domingo, permaneció el cuerpo de Jesús en el sepulcro hasta que salió de él victorioso y triunfante de la muerte.

"Y para cerrar enteramente la boca á la malicia engañosa de los escribas, Jesús después de su pasión se *mostró vivo* á sus Apóstoles, dándoles muchas pruebas de su resurrección (por espacio de cuarenta días) comiendo y hablando con ellos acerca del reino de Dios, esto es, sobre la constitución y gobierno de su iglesia. Y fué visto por muchos que habían subido juntamente con él desde Galilea á Jerusalem. Y se apareció á Cefas y después de esto á *los once* y otra vez se mostró á más de *quinientos hermanos* juntos, de los cuales decía San Pablo á los de Corinto, viven todavía muchos y los demás murieron. Después se manifestó á Jacobo, luego á todos los apóstoles, y últimamente como á abortivo y el más pequeño de todos ellos, se me apareció á mí; y todos ahora, dan testimonio de él, al pueblo, esto es, todos somos pregoneros y anunciadores de su resurrección, de la que somos testigos."

Si se tratara de un hecho puramente instantáneo y sin más duración que la de un relámpago, que no deja ninguna huella, cabría la objeción de ser muy fácil la alucinación de la Magdalena, de las santas mujeres, de los apóstoles y aún de los qui-

nientos que como San Pablo vieron á Jesús después de resucitado; pero tratándose de la resurrección de un personage que en el trascurso de cuarenta días fué visto por muchos y habló y comió con varios de ellos, que sufrieron el martirio hasta morir, sosteniendo la verdad de la resurrección, no cabe dudar racionalmente de tal resurrección.

XI

Y al que no se conforme con testigos semejantes puede preguntarse con *La Lucerne*: "Y á quién se quiere que estuviera obligado Jesucristo á manifestarse con evidencia? A quién? A aquel Gobernador cobarde que lo había condenado contra su misma conciencia? A aquel ligero y voluptuoso Herodes que tan indignamente se había burlado de él? A aquellos sacerdotes doctores y fariseos que no cesaron de perseguirle hasta que con sus intrigas y calumnias lo hicieron conducir al Calvario? A aquellos judíos furiosos que estando colmados de beneficios suyos, habían pedido á gritos su muerte y que cayera su sangre sobre ellos y sobre sus hijos? ¿Por qué título eran acreedores todos estos malvados al favor de la aparición de Jesucristo? Pretender que Dios deba derramar sus gracias con mayor profusión sobre los más indignos y multiplicar las pruebas de su fé á proporción de la resistencia que se haga para admitido, es injusto y fuera de razón."

Nada absolutamente puede agregarse al menos por nuestra parte á tan concluyente razonamiento sino es el argumento incontestable que se formula en "El Cristianismo demostrado."

XII

Allí dice el Sr. de la Chenede: "Nosotros estrechamos al incrédulo por este invencible argumento: "Si Jesucristo no ha resucitado se hallará pues en el estado de muerto; en este caso, cómo han podido hacer los apóstoles tantos milagros en su nombre? Si se dice que no los han hecho, ¿cómo se ha formado

entonces una sociedad cristiana? Este es á lo menos un hecho que no se podrá negar, pues está á la vista; pero supongamos que los apóstoles no han hecho milagros; y suponiéndolo así, esta suposición es contra el incrédulo, pues haber convertido el mundo universo sin milagros y haberlo conducido á la fé cristiana por la predicación de *doce miserables apóstoles sin doctrina ni instrucción*, es seguramente el más grande de todos los milagros."

Así es la verdad, y á los que niegan la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, se les debe preguntar en dónde quedaron los restos del ajusticiado por Poncio Pilato en el Calvario? Cómo los apóstoles han podido hacer tantos milagros en el nombre del que en vuestro sentir no fuera más que un impostor? ¿Y si os atreveis á negar estos milagros, no advertís que mayor que todos resulta el de la conversión de todo el mundo por la sola palabra de doce judíos ignorantes, como fueron los doce Apóstoles?

XIII

La poesía nos ha pintado con bellísimos coloridos la resurrección de Jesús, la historia nos confirma en la creencia de este portento y la filosofía nos demuestra que no hay ni puede haber razón para dudar de él.

Dirémos por lo mismo con Stolberg: "¿Cómo había de haberse dormido la guardia romana puesta precisamente para evitar que los discípulos de Jesús robasen su cuerpo y publicasen después que había resucitado?

"Y si se habían dormido los soldados de la guardia ¿cómo podían atestiguar lo que hubiera sucedido; cuando estaban dormidos? ¿Cómo se habrían convertido en hombres audaces aquellos discípulos que ingratos abandonaron á su maestro y que acobardados huyeron, cuando aprisionaba á Jesús la turba capitaneada por Judas?

"Y cómo habrían llevado su audacia hasta pretender abrir

el santo sepulcro, sin embargo de hallar guardías cerca de él?

“¿Cómo habrían podido quitar la piedra con que se tapió la entrada del sepulcro, concibiendo la esperanza de que no despertarían los romanos, es decir, de que Dios haría un milagro para autorizar la superchería de ellos?

“¿Cómo pudo suceder que los romanos no despertaran, y que su sueño diera tiempo bastante á los discípulos para entrar en el sepulcro y llevarse tranquilamente el cuerpo de Jesús, y que solo entonces llegaran á sentir el temblor de tierra y á ver el ángel resplandeciente del sepulcro?

“¿Y cómo era posible que el gran Consejo no hubiese hecho ninguna averiguación sobre tan sacrílego robo y castigar inmediatamente á sus autores; y en lugar de eso haberlos dejado andar libremente por Jerusalem?

“¿Y Pilato habría dejado sin castigo á los soldados que se hubieran dormido estando haciendo una guardia, puesta para impedir tal robo?

“¿Por otra parte, qué interés podía mover á los discípulos á robar el cuerpo de su maestro?

“¿Sería puramente el gusto de decir que había resucitado?

“¿Mas, si eran capaces de tal bellaquería, por qué no publicar desde luego que había subido al cielo?

“¿Para qué dejar pasar cincuenta días, y al cabo de ellos concertar y publicar la mentira de que en Jerusalem y en Galilea se había aparecido durante cuarenta días?

“¿Quién se hubiera atrevido á mentir de un modo tan irregular y sólo propio para dificultar el sostener tan torpe mentira?

“Y sin embargo, ¡ellos sostuvieron la resurrección de Jesucristo, sin que se desconcertase uno sólo, sin dejarse vencer de las cadenas é ignominias, ni amedrentar con los tormentos ni con la misma muerte!

“¿Y por qué? Podían prever que su fábula sería creída desde el Oriente hasta el Occidente; que derribaría los altares de

los falsos dioses; y que de tal fábula nacería una moral pura á la que tendrían que rendir homenaje los mismos incrédulos?”

XIV

En vista de razonamientos tan concluyentes, digamos con Darras: “El sello de Caifás,—los centinelas de los fariseos,—la pesada *losa* arrimada al *sepulcro*, nada puede encadenar á este muerto triunfante que hoy levanta la roca del Calvario, como levantará en breve el mundo entero. Los *guardias* han cumplido con su deber velando con el arma al brazo, como es propio de soldados romanos. También velarán los Césares; cerrarán todas las salidas, para impedir á Cristo el paso. Mas acontecerá en el capitolio lo que en el Calvario. Lo que no han podido los guardias de Pilato y del Sanhedrin contra su cadáver no lo podrán todas las fuerzas de la tierra contra un Dios vivo. ¡Ha resucitado!”

Sí, una y mil veces digamos con toda fé que creemos firmemente en la resurrección de Jesucristo Nuestro Señor.

XV

A lo dicho puede agregarse con el robusto y religioso acento del Abate Gaume: “La resurrección del Salvador era un hecho palpable,—un hecho sujeto al dominio de los sentidos,—hecho que tuvieron mil ocasiones de verificar.”

“El Salvador no se les apareció una vez solamente, sino varias: no se les manifestó en sueños y de una manera fugitiva, sino en plena luz y durante cuarenta días consecutivos. Le hablaron, le vieron con sus propios ojos, le tocaron con sus manos y comieron con él; eran en gran número, cuando se dejó ver de ellos; al principio se *resistieron á creerlo*; y sólo se rindieron á la evidencia, cuando el objeto fué palpable. Anunciaron á todo el universo que le habían visto resucitado, lo sostuvieron sin desmentirse jamás y murieron por confirmar su testimonio.”

Por otra parte, no tenían ningún interés en fingir un suceso

semejante, porque por parte de los hombres tenían que temer todo, el odio, el desprecio y la venganza de las leyes; por parte de Dios los castigos reservados á los impostores y á los impíos. Y aún cuando hubieran tenido interés en fraguar una mentira, no habrían podido conseguir se les creyera, porque no hubieran podido presentar ninguna prueba sólida de la resurrección de su maestro; y ni los judíos, ni los paganos y ni nadie habría creído semejante impostura. Sin embargo, los judíos, los paganos y todo el universo han creído y todavía creen la resurrección; y este gran milagro, esta prueba evidente de la divinidad de Jesucristo es el que les ha arrebatado su asentimiento, les ha hecho renunciar á la idolatría y abrazar una religión que combate todas las pasiones, defendiéndola aún á costa de su vida."

XVI

Y con Frayssinous puede decirse: "Si Jerusalem, Corinto, Atenas, Éfeso, Antioquía, Alejandría y Roma ven desde el principio en su seno adoradores de Cristo, es porque los apóstoles habían ya predicado allí *su resurrección gloriosa*, y quién podrá contradecir después de diez y ocho siglos un hecho que los paganos y los judíos de aquellas famosas ciudades creyeron de un modo tan íntimo y profundo que no dudaron en adoptarle por regla de su fé y de su conducta, estando prontos á morir antes que negarle ni aún en apariencias?

.....
"Hace diez y ocho siglos que la Iglesia cristiana está creyendo la *resurrección de Jesucristo* y presentando este gran prodigio del Omnipotente como prueba fundamental de la religión que profesa. La fiesta anual tan antigua como el cristianismo, que continúa celebrando, es uno de los monumentos auténticos de este milagro y de su fé. El hecho de la *resurrección se prueba* como no se prueban los hechos entre todos los hombres y en todos los tribunales de la tierra, por testimonios, siendo ta-

les los que le establecen, que parecen más fidedignos cuanto más se les examina."

Así es como la santa religión, nos lleva á creer este dogma fundamental de la Iglesia católica, apostólica, romana de que tan elocuentemente se nos habla en las conferencias predicadas en San Sulpicio.

XVII.

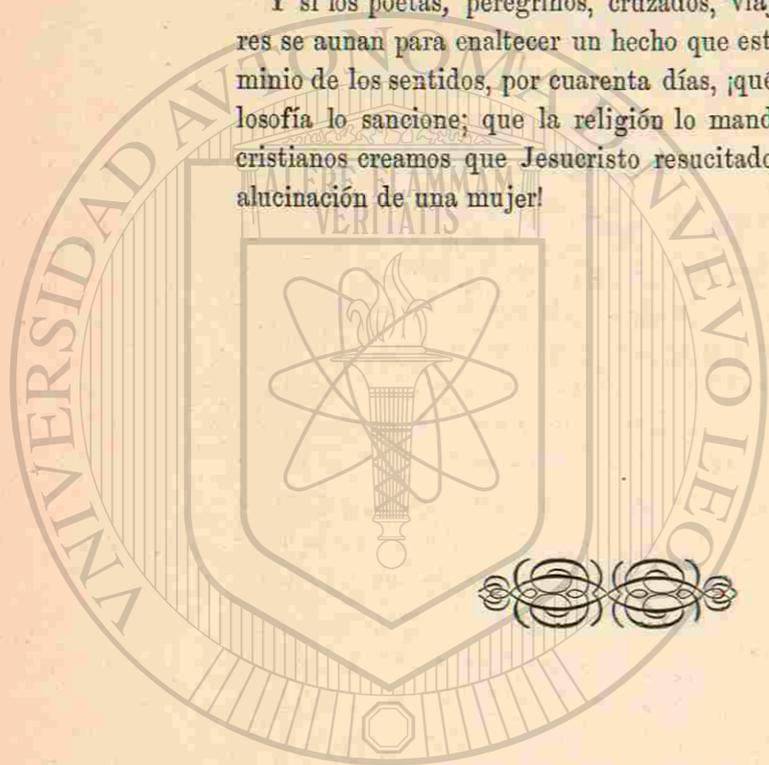
Y por esto el P. Ventura Raúlica nos predica también en la cátedra del Espíritu Santo: "Además, los mismos enemigos de Jesucristo, que no contentos con haberle hecho morir, quisieron también insultar su memoria y su nombre, contribuyeron con su odio ciego y su furor infernal á confirmar la verdad de su triunfo. Porque los fariseos después de haberse asegurado de que el cuerpo de Jesucristo estaba encerrado en el sepulcro, y después de haber comprobado su identidad, lo encerraron de nuevo, y volvieron á asegurar con cal y con betum *la enorme piedra* que lo cerraba; después, con licencia que obtuvieron de Pilato, hicieron construir una especie de *barrera* al rededor del sepulcro; y lo rodearon de guardias pretorianas armados; de centinelas militares que se relevaban por turno, para prohibir que nadie se acercase. Finalmente para evitar toda infidelidad por parte de los mismos centinelas, pusieron todo al rededor de la misma losa los sellos de la Sinagoga, de cuya integridad hicieron responsables á los soldados."

XVIII

En vista de estos hechos, sería tan absurdo sostener que los discípulos de Jesucristo robaron el cuerpo durante la noche, como decir que los cristianos inventaron las profecías. En efecto, del mismo modo que el depósito de estas profecías, está en manos de los judíos, así también el cuerpo del Salvador permaneció en su poder después de su muerte.

XIX

Y si los poetas, peregrinos, cruzados, viajeros é historiadores se aunan para enaltecer un hecho que estuvo sujeto al dominio de los sentidos, por cuarenta días, ¡qué mucho que la filosofía lo sancione; que la religión lo mande creer y que los cristianos creamos que Jesucristo resucitado no es obra de la alucinación de una mujer!



CAPITULO X.

Duración de su obra.

I

LA obra del personage histórico que se llama *Cristo*, es la Iglesia católica regida por el Sumo Pontífice que es su Vicario, y que como arguye el gran Tertuliano: esta Iglesia se propagó con una asombrosa rapidez, pues dijo con toda verdad á los Romanos: "Nosotros empezamos á vivir ayer, y ya lo llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestros campos, vuestras *decurias*, vuestros consejos, el palacio, el Senado, el foro: sólo os hemos dejado los templos."

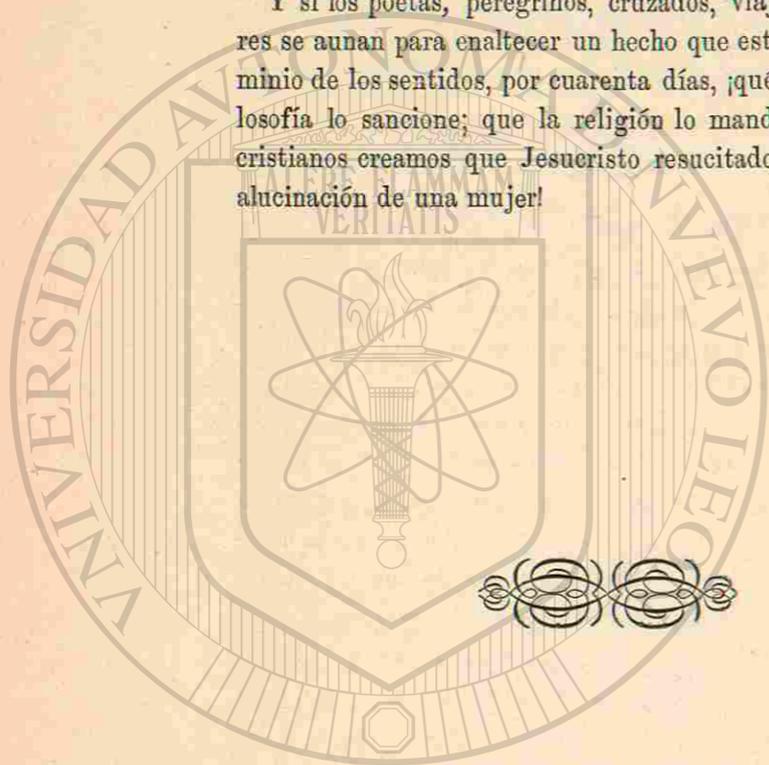
Esto es lo que á los Romanos en el siglo II decía en su Apologética Septimio Tertuliano, célebre Doctor de la Iglesia, cuando apenas acababa de nacer una institución que ha de durar lo que duren la tierra, la luna, el sol y las estrellas.

II

Mas haciendo una abstracción completa, de lo que la obra de Jesucristo era en el siglo segundo de la era cristiana según Tertuliano, podemos apelar al siglo de Voltaire y escuchar lo que este mismo pregona á propósito de la duración de tal obra diciendo: "El judaismo, la religión de Zoroastro y el sabeismo se arrastran por el polvo. El culto de Tiro y de Cartago cayó con estas soberbias ciudades. La religión de Milciades y de Pe-

XIX

Y si los poetas, peregrinos, cruzados, viajeros é historiadores se aunan para enaltecer un hecho que estuvo sujeto al dominio de los sentidos, por cuarenta días, ¡qué mucho que la filosofía lo sancione; que la religión lo mande creer y que los cristianos creamos que Jesucristo resucitado no es obra de la alucinación de una mujer!



CAPITULO X.

Duración de su obra.

I

LA obra del personage histórico que se llama *Cristo*, es la Iglesia católica regida por el Sumo Pontífice que es su Vicario, y que como arguye el gran Tertuliano: esta Iglesia se propagó con una asombrosa rapidez, pues dijo con toda verdad á los Romanos: "Nosotros empezamos á vivir ayer, y ya lo llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestros campos, vuestras *decurias*, vuestros consejos, el palacio, el Senado, el foro: sólo os hemos dejado los templos."

Esto es lo que á los Romanos en el siglo II decía en su Apologética Septimio Tertuliano, célebre Doctor de la Iglesia, cuando apenas acababa de nacer una institución que ha de durar lo que duren la tierra, la luna, el sol y las estrellas.

II

Mas haciendo una abstracción completa, de lo que la obra de Jesucristo era en el siglo segundo de la era cristiana según Tertuliano, podemos apelar al siglo de Voltaire y escuchar lo que este mismo pregona á propósito de la duración de tal obra diciendo: "El judaismo, la religión de Zoroastro y el sabeismo se arrastran por el polvo. El culto de Tiro y de Cartago cayó con estas soberbias ciudades. La religión de Milciades y de Pe-

ricles, la de Paulo Emilio y de Catón no existen ya; la de Odin desapareció; hasta la lengua de Osiris que fué despues la de los Tolomeos, es ignorada de sus descendientes. El teísmo puro no ha existido jamás. *Solo el cristianismo quedó en pié* en medio de tantas vicisitudes y en el estrago de tantas ruinas, inmutable siempre como el Dios que es su autor."

Oyendo estas palabras de Voltaire, parece que se oye la homilía de un gran Doctor de la Iglesia, y el espíritu más fuerte se siente avasallado al resonar así la voz del patriarca de Ferney.

III

Y no se diga que todo eso no es más que el entusiasmo del autor de la *Henriada*, es decir, de un poeta, cuando la Universidad de Oxford, cuando William Cobbet nos hablan de la consistente duración del catolicismo, cuando Guizot, nos enseña que este fué el vínculo, el medio y el principio de civilización entre el mundo romano y el bárbaro, y cuando Macauley escribe: "que no hay cosa más digna de estudio que la Iglesia católica, ni institución más antigua que el Pontificado," concluyendo con que "cuando se reflexiona en los terribes asaltos que ha resistido, difícil es escogitar de qué manera pueda sucumbir."

IV

Eso es lo que dicen la historia y la filosofía; y eso es lo mismo que repite el sublime genio de Napoleón el Grande, cuando dice: "¿Quién se interesa en la actualidad por Alejandro ni César? Conmovieron el mundo de su época y *no dejaron á la posteridad más que su tumba.*"

"Yo mismo que soy todavía el objeto de vuestra fidelidad ¿qué habré hecho? Conmigo y con vosotros y á lo más con el último de mis valientes se extinguirá ese entusiasmo que inspiré durante mi vida. ¿En qué consiste que el imperio de Jesucristo *dure desde hace diez y ocho siglos en los corazones* y que por su nombre han muerto, mueren y morirán tantos millares de mártires?"

El mismo Napoleón el Grande contesta que "consiste en que el poder de Jesucristo descansa en la persuasión y *en el amor.*"

V

Pero amor guiado por la sabiduría y misericordia como nos lo enseña A. Nicolás diciendo: "Jamás ha habido un punto de vista histórico, ni más vasto, ni más sencillo, ni más verdadero. Daniel lo profetiza, Polibio lo preve, Tito Libio y Plutarco lo refieren, Bossuet lo retrata, Gibbon lo confiesa. Este punto de vista era el de la sabiduría y misericordia de Dios, preparando la salvación del mundo; y cuando miramos la historia por este lado, asistimos á una vasta escena en la que se desenredan todas las intrigas de la política humana, se enlasan y explican todos los destinos de las naciones; y en la cual los Círos, los Césares, los Alejandros, los Constantinos y los Carlomagnos no son más que actores de un drama sublime que termina en Jesucristo y en su Iglesia."

Esta Iglesia es la misma, cuya antigüedad testifica la historia y cuya eterna duración está enseñada con las proféticas palabras de *portae inferi non prævalebunt adversus eam*: las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.

VI

El mismo A. Nicolás meditando sobre los inmensos beneficios de que la humanidad es deudora al cristianismo, añade: "No podemos desconocer que Jesucristo dotó el mundo de una moral sublime, disipó las tinieblas de la idolatría, introdujo en la humanidad un espiritualismo santificante, emancipó de la infamia los corazones, de la esclavitud las cabezas, fundó el reino de la libertad y de la caridad é injertó la verdad en todas partes, en las costumbres, en las instituciones y en las leyes; imprimió al género humano una marcha civilizadora que sigue aún vigorosa y lozana despues de *diez y ocho siglos.*"

"Compárese si nó la ilustración adelantada de las naciones

cristianas con el estado tristísimo de atraso en que se encuentran las que no lo son y que no contribuyen con ninguna iniciativa al progreso agigantado de las creencias, de la literatura ni de las artes."

Compárese la moralidad de unas y otras; y si en estas se exhibe el bienestar ostentoso de la filantropía, en aquellas se encontrará siempre la muy tranquila paz de la moral y caridad, que es la felicidad posible sobre la tierra, visitada, asistida por Jesucristo"

VII

Por Jesucristo que no ha desaparecido todavía, mientras que como dice el mismo A. Nicolás: "Sócrates, Alejandro, César, Carlo-Magno y todos aquellos, cuya existencia está más comprobada por la acción que ésta imprimió en el mundo, todos estos hombres entraron en el dominio de la historia hace mucho tiempo; terminaron su vida, cediendo la escena á otros que la cedieron á otros á su vez, y lo más que ha sucedido es que un amigo ó un discípulo fiel se haya acordado de ellos, durante una generación."

"La persona de Jesucristo tiene otra certidumbre, un destino bien diferente, una certidumbre y un destino únicos entre todos. Después de diez y ocho siglos que vino á la tierra puede decirse *que aún no ha desaparecido todavía*; ocupa aún la escena, se halla en presencia del siglo. En la actualidad muchos millones de hombres darían la vida por él, mientras otros conspiran contra todo lo que le pertenece. Por todas partes hay quién se agite ya para atacarlo, ya para defenderlo; y en medio de todo, él es el objeto capital de todas las discusiones, de todas las resoluciones, de todas las afecciones simpáticas y antipáticas de la humanidad." Sí, en todas partes vemos á ese Jesucristo que anunciaron los profetas y que cree y predica la historia.

VIII

De esta dice Castelar: "Contemplemos á Jesucristo, en la historia, esa hermosísima figura que con los brazos levantados al cielo y los ojos llenos de lágrimas y los labios entre-abiertos para derramar bendiciones sobre los hombres separa las corrientes de dos grandes edades: contemplemos la revolución que trajo consigo el cristianismo, la más augusta, la más grandiosa, la más radical, que guarda en sus anales la historia, pero antes de contemplarla, comencemos por adorar á su autor."

Emilio Castelar es el que tal cosa dijo desde la cátedra, llevado del espíritu religioso que á su pesar traspira su rica y elocuentísima palabra.

IX

¡Mas qué si el racionalismo vé también en la historia á Jesucristo! Renan esclama: "El acontecimiento capital de la historia del mundo es la revolución por la cual las más nobles porciones de la humanidad pasaron de las antiguas religiones comprendidas bajo el nombre vago de paganismo á una religión fundada en la unidad divina, en la Trinidad y en la Encarnación del Hijo del hombre. El origen de la revolución de que se trata es un hecho que tuvo lugar en los reinados de Augusto y de Tiberio. Entonces *vivió una persona* que por su arrojada iniciativa y por el amor que supo inspirar, creó el objeto, colocó y puso el punto de partida de la futura fé de la humanidad."

"Jesús es el honor común de quien tiene un corazón varonil."

Sin él es incomprensible la historia."

X

El mismo añade: "Jesucristo tuvo una resolución personal, fija que habiendo sobrepujado á toda otra voluntad creada *dirige todavía los destinos del mundo*."

“Todos los pueblos hacen datar su era del día en que nació.

“Jesús no tiene igual, su gloria *permanece entera y se renovará siempre.*”

“Las aldeas en que predicó y de que hablará la humanidad tanto como de Roma y Atenas han desaparecido; y es dudoso que se consiga nunca fijar los sitios en que quisiera la humanidad sentar las huellas de sus plantas.”

“Se hizo amar hasta el punto de no haberse cesado de amarlo después de su muerte.”

“Permanece para la humanidad como un principio inagotable de renacimientos morales.”

XI

Y no contento el racionalismo con testificar una verdad histórica, augura al cristianismo un porvenir eterno: “Jesús estableció la moral eterna que ha salvado á la humanidad. Él concibió la verdadera ciudad de Dios, palingenesia verdadera, el sermón de la montaña, la apoteosis del débil, el amor al pueblo, la afición al pobre, la rehabilitación de todo lo que es humilde, verdadero é ingenuo. Esta rehabilitación. su palabra la ha expresado. son rasgos *que durarán eternamente.* cada uno de nosotros le debe todo lo que tiene de mejor. Jesús más que el reformador de una religión envejecida, es el creador de la *religión eterna de la humanidad.*”

Esto es lo que dice Renan en la “Vida de Jesús” y debe esperarse que el testimonio del racionalismo en este punto contribuya y mucho á aumentar el fervor religioso.

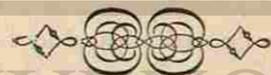
XII

De esperar es que así sea, pues como dice un autor anónimo citado por Raymond en “El catolicismo en las sociedades modernas.” “El catolicismo es una águila herida junto á las nubes por mil tiros que se la dirigen: cae en la tierra su sangre gota á gota, se la vé con la cabeza abatida como si señalara el para-

je donde ha de espirar entre el polvo, pero reanímala muy pronto una fuerza secreta y toma su vuelo rápido y vigoroso que dá bien á entender que nada puede fatigar su aliento ni apurar su vigor. Así proseguirá su vuelo sin detenerse nunca, y extendidas magestúosamente sus alas sobre todos los siglos, no se plegarán jamás antes que los últimos restos del Universo se hayan hundido. Esta duración hará su gloria así como sus nobles desgracias son su privilegio.”

XIII

Mil ochocientos noventa años hace que nació la Iglesia católica; y creemos firmemente con Voltaire que es inmutable como su autor, con Macauley que no se concibe cómo pueda sucumbir, con Renan que la gloria de Jesús se renovará siempre y que su religión será la religión eterna de la humanidad, y con el anónimo citado en “El catolicismo en las sociedades modernas” que sus alas extendidas magestúosamente sobre todos los siglos, no se plegarán jamás. *Portæ inferi non praevalerunt adversus eam,*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CENTRAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI.

Culto rendido á Jesucristo.

I

EL culto rendido á Nuestro Señor Jesucristo es un suave reflejo del esplendor purísimo de María concebida, no como esclava uncida á la cadena del pecado y subyugada al imperio del demonio, sino como reina victoriosa que había de ser la Bienaventurada Madre del Hombre Dios, sin dejar por eso de ser Virgen. Dice, por lo mismo Tertuliano: "El Verbo de Dios, hijo de la Eternidad debía descender de las alturas del cielo como había sido vaticinado. Descendió en efecto, descansó en un seno virginal y el Verbo se hizo carne, y el misterio del linage humano se consumó. Y todos adoramos á un Dios Hombre."

Si las epístolas de los Apóstoles, si los hechos de los mismos dan á conocer los progresos que vino haciendo la religión del Judío Crucificado en medio de dos ladrones, la historia nos dice con Tertuliano que en el siglo segundo, estaba ya muy extendido el culto de Jesucristo.

II

Y la cruz sobre la cual Jesucristo fué inmolado vino á ser el estandarte de una religión que iba á regenerar el mundo ha-

biendo salido de la Judea los Apóstoles para llevar á las naciones las palabras evangélicas.

Dice por lo mismo Troplong que "las palabras evangélicas que los Apóstoles salieron de la Judea á llevar á las naciones, hicieron que la cruz en que Jesucristo fué inmolado viniera á ser el estandarte de una religión que iba á regenerar al mundo."

Y la Santa Cruz que vemos en las chozas miserables de los indios y en sus pequeños oratorios y la Santa Cruz que se venera en el interior de nuestras pobres casas y de las espléndidas habitaciones de los ricos y la Santa Cruz que en los frontispicios de algunas casas nos recuerdan las fervorosas creencias de nuestros antepasados y que hoy mismo es el objeto de público entusiasmo religioso en las nuevas construcciones de las aldeas y de las ciudades el día tres de Mayo y la Santa Cruz que campea desde las alturas de nuestros templos, predicando está todos los días y en cada instante y momento que el culto católico de Jesucristo es el de la inmensa mayoría de los mexicanos en todas las clases de la sociedad.

III

Y este culto es el que regeneró al mundo, extendiéndose por donde quiera, pues como dice Houteville: "*Qué veis en todas partes sino á Jesucristo* en donde quiera? En todas partes se han levantado templos en donde los pueblos reunidos imploran su socorro; desde la aurora se cantan sus misericordias y el medio día resuena con su nombre. Cerca de sus altares los Reyes no son sino hombres solamente, y todo se desvanece en su presencia. A cada paso se encuentra la imagen de su cruz, antes objeto de horror universal; y ahora objeto de la veneración más profunda y de la memoria más tierna.

Houteville, académico francés habló así hace más de cien años; y sin embargo de la recia tempestad que contra el culto de Jesucristo se ha desatado con posterioridad, este culto exis-

te y no hay temor fundado de que desaparezca de entre nosotros apesar de los esfuerzos de sus enemigos.

IV

Y á propósito de ese culto que es el que profesan los cristianos, dice la Universidad de Oxford que "los católicos tienen una Iglesia visible que custodia los sacramentos que desde el principio han sido adecuados á las necesidades de la vida humana, habiendo vinculado en ellos Jesucristo su gracia y sus bendiciones y agrega que la antigüedad, la universalidad y la unidad de su Iglesia le hace superior al mundo y á las innovaciones del día."

Tan autorizado testimonio acredita que en la culta Inglaterra hay hombres ilustrados que creen, confiesan y predicán que el culto rendido por los católicos á Jesucristo tiene la inmensa ventaja de la antigüedad, de la universalidad y de la unidad que lo hacen superior á las innovaciones religiosas que han aparecido en las nuevas banderas enarboladas por religiosos apóstatas que han roto los lazos de una religión de santa castidad para entregarse al amor carnal de una mujer.

V

Y á pesar de los esfuerzos de los innovadores, el catolicismo como dice E. Boré "renace en los países donde Dios ha permitido que estuviera escondido para cumplir con los designios impenetrables de su Divina Providencia," agregando el sabio citado que "los sucesos que ha presenciado llenan el alma de esperanzas y de consuelos y que la fuerza que pierden el islamismo y las sectas cristianas pasa entera á robustecer la Iglesia católica que se muestra con el vigor, vida y unidad que son propios de la verdad que posee."

Los Estados Unidos y la Gran-Bretaña son actualmente el teatro de este vigoroso renacimiento que D. Lorenzo de Zavala predijo hace muchos años respecto de aquella gran Repúbli-

ca sin más fundamento que el que ministra la propensión natural á la igualdad que el catolicismo hace práctica en sus dogmas, en sus sacramentos y en la caridad evangélica que condena toda acepción de personas.

VI

Y es de notar con Darras que se adora "á Jesucristo no solamente como un recuerdo, como una gloria, como una encarnación divina que apareció hace dos mil años en el seno de la humanidad y que se volvió para siempre al cielo, sino que es adorado como presente en sustancia y en la realidad, en la Eucaristía, y quiérase ó no, el hecho existe. Penetrad bajo la cúpula de San Pedro, y allí está presente Jesucristo para sus fieles y es adorado por ellos: Seguid al pobre misionero hasta los confines del mundo y le vereis levantarle un altar bajo los plátanos de los bosques de la India, y pronunciar algunas palabras y adorar á Jesucristo sobre la desnuda piedra á donde consiente descender el Dios del pesebre. El indio que pasa al lado de este extranjero, se detiene un instante á contemplar este hecho extraño. Escucha una enseñanza tan nueva para él, ábrese poco á poco su inteligencia á una luz desconocida: extremécese su corazón al contacto de un amor divino y cree á su vez y se prosterna y adora. ¿Qué pensais de esto? Jesucristo que murió hace dos mil años tiene el poder de hacerse amar por un salvaje que anda errante por los bosques de su país y que no ha sospechado nunca la existencia de la Judea, de un antiguo testamento, ó de una civilización cualquiera. Existe pues el hecho de la conversión de las almas por Jesucristo, se toca con la mano: no se halla circunscrita á la India, al Japón, ó á la China, está por donde quiera."

VII

Y debe hacerse notar con el célebre orador V. Ráulica que el Boudismo no habla más que el chino: el Braemanismo no ha-

bla más que el sanscrito, la idolatría de los pueblos salvajes no habla más que restos de idiomas tan toscos como toscos son los pueblos que la profesan: el Mahometismo no habla más que el árabe; el luteranismo no habla más que el alemán; el anglicanismo no habla más que inglés; el calvinismo no habla más que mitad alemán y mitad francés. Solo el catolicismo es el que habla todas las lenguas, el que predica la misma doctrina y la misma enseñanza en las lenguas de todo el mundo. Esto es decir de una manera bien clara," añade el mismo orador que "no hay otra enseñanza más que la católica que sea adaptable á todo el mundo, propia de todo el mundo y establecida para todo el mundo."

VIII

El culto católico que cree en la Concepción purísima de María Santísima y en la Encarnación del Divino Verbo; que venera la Santa Cruz en que fué inmolado Jesucristo; que levanta hoy mismo suntuosos templos como la Basílica de Nueva-York; que en sus sacramentos tiene fuentes riquísimas de bendiciones celestiales; que cosecha muy abundante mies en los campos mismos de sus disidentes, que en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y en la sagrada comunión renueva y multiplica milagros que apenas concebimos los que creemos que al verificarse este sacramento misterioso no es la Divinidad la que se humilla sino la humanidad la que se enaltece y sublima, ese culto que en todos idiomas canta del día á la noche las glorias del Altísimo, es un hecho que nadie podrá negar jamás.

CAPITULO XII.

(Conclusión.)

POR especial beneficio de la Divina Providencia se nos ha concedido tiempo ó inclinado nuestra voluntad á examinar los fundamentos de nuestra fé en la espectación del Mesías prometido en la ley y en los Profetas,—en su portentoso nacimiento,—en la incomparable belleza material y moral de su persona,—en la perfección de su carácter,—en la sublime santidad de su doctrina—en las profecías que lo anunciaron—en las de que él mismo fué autor, así como en los milagros que hizo siempre en beneficio de los hombres—en su vida, pasión y muerte singulares y maravillosas sobre toda ponderación—en las circunstancias milagrosas de su pasión y muerte,—en su gloriosa resurrección—en la inalterable duración de la Iglesia católica, apostólica, romana apesar de los sangrientos ataques que se le han dirigido y dirigen todavía—y por último en el culto que en donde quiera se tributa al Hijo de la Virgen María crucificado en el Calvario en medio de dos ladrones como un gran malhechor. Y profundamente agradecidos á beneficio tan grande, decimos y diremos de todo corazón: creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo reconocida por el gentilismo en la carta que el Rey Abgar dirigió al mismo Jesucristo y citan Eusebio de Cesarea y Moisés de Corena, y en la cual expresa su autor estar persuadido de que Jesucristo es el mismo Dios que descendió de los cielos ó ciertamente el Hijo de Dios.

bla más que el sanscrito, la idolatría de los pueblos salvajes no habla más que restos de idiomas tan toscos como toscos son los pueblos que la profesan: el Mahometismo no habla más que el árabe; el luteranismo no habla más que el alemán; el anglicanismo no habla más que inglés; el calvinismo no habla más que mitad alemán y mitad francés. Solo el catolicismo es el que habla todas las lenguas, el que predica la misma doctrina y la misma enseñanza en las lenguas de todo el mundo. Esto es decir de una manera bien clara," añade el mismo orador que "no hay otra enseñanza más que la católica que sea adaptable á todo el mundo, propia de todo el mundo y establecida para todo el mundo."

VIII

El culto católico que cree en la Concepción purísima de María Santísima y en la Encarnación del Divino Verbo; que venera la Santa Cruz en que fué inmolado Jesucristo; que levanta hoy mismo suntuosos templos como la Basílica de Nueva-York; que en sus sacramentos tiene fuentes riquísimas de bendiciones celestiales; que cosecha muy abundante mies en los campos mismos de sus disidentes, que en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y en la sagrada comunión renueva y multiplica milagros que apenas concebimos los que creemos que al verificarse este sacramento misterioso no es la Divinidad la que se humilla sino la humanidad la que se enaltece y sublima, ese culto que en todos idiomas canta del día á la noche las glorias del Altísimo, es un hecho que nadie podrá negar jamás.

CAPITULO XII.

(Conclusión.)

POR especial beneficio de la Divina Providencia se nos ha concedido tiempo ó inclinado nuestra voluntad á examinar los fundamentos de nuestra fé en la espectación del Mesías prometido en la ley y en los Profetas,—en su portentoso nacimiento,—en la incomparable belleza material y moral de su persona,—en la perfección de su carácter,—en la sublime santidad de su doctrina—en las profecías que lo anunciaron—en las de que él mismo fué autor, así como en los milagros que hizo siempre en beneficio de los hombres—en su vida, pasión y muerte singulares y maravillosas sobre toda ponderación—en las circunstancias milagrosas de su pasión y muerte,—en su gloriosa resurrección—en la inalterable duración de la Iglesia católica, apostólica, romana apesar de los sangrientos ataques que se le han dirigido y dirigen todavía—y por último en el culto que en donde quiera se tributa al Hijo de la Virgen María crucificado en el Calvario en medio de dos ladrones como un gran malhechor. Y profundamente agradecidos á beneficio tan grande, decimos y diremos de todo corazón: creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo reconocida por el gentilismo en la carta que el Rey Abgar dirigió al mismo Jesucristo y citan Eusebio de Cesarea y Moisés de Corena, y en la cual expresa su autor estar persuadido de que Jesucristo es el mismo Dios que descendió de los cielos ó ciertamente el Hijo de Dios.

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo confesada aún por el racionalismo en boca de Renan cuando dice que la conciencia universal ha dado á Jesús con justicia el título de Hijo de Dios, porque ha hecho dar á la religión un paso al cual ninguno otro puede ni podrá nunca ser comparado probablemente.

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo, porque como dice D'Aguesseau: "Quédase uno pasmado al ver que hubiese encontrado discípulos, no anunciándoles más que tribulaciones y al ver las circunstancias en que tal cosa se les promete, debiendo por lo mismo decirse que para prometerles era necesario ser profeta y Dios para cumplirlo.

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo evidenciada por el sabio Adisson en "La Religión demostrada" en donde enseña que el estudio de las leyes físicas y de la ruptura de la roca del Calvario arranca la persuasión de que no fué causada por un terremoto ordinario y natural. Un sacudimiento de este género habría separado las diversas capas de que la masa se compone y las habría separado, siguiendo las venas que tales capas marcan, y rompiendo su ligazón por las partes más débiles. Mas aquí (en el Calvario) ha sucedido de muy distinto modo; la roca está dividida trasversalmente, cruzando la ruptura de las venas de un modo extraño y sobrenatural que no puede ser obra del arte ni de la naturaleza, sino solo de un milagro que testifica este monumento lapidario.

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo y con San Máximo decimos que el eclipse, el terremoto, la ruptura de la roca del Calvario y el desorden todo de la naturaleza sensible y conmovida hasta en sus fundamentos, como si quisiera volver á la nada, fué una explosión unánime del dolor que las criaturas todas experimentaron al ver espirar á su Criador en un infame patíbulo.

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo, porque como dice San Gerónimo: "no puede dudarse de que prodigios

tan nuevos, tan variados y efectuados todos á un mismo tiempo, no fuesen un acto solemne por el que la tierra, los cielos y todos los seres creados reconocían en Jesucristo á su Señor y Dios.

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo porque como dice San León, nada más justo y conveniente que los elementos manifestaran al tiempo de la muerte de Jesús que querían morir también en compañía del artífice divino que los había formado y de que el universo entero testificase publicamente que Jesús que moría era el Autor y Criador del Universo.

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo, porque á propósito de él dice Rousseau: "no es posible que aquel, cuya historia teje el Evangelio no sea más que un hombre; pues allí no se habla con el tono entusiasta de un iluso ni de un sectario ambicioso. Causa admiración la dulzura y pureza de sus costumbres,—la gracia interesante de sus instrucciones—la sabiduría de sus discursos—la firmeza y exactitud de sus doctrinas—y el imperio que tenía sobre las pasiones. Todo esto hace exclamar: ¿En dónde está el hombre, en dónde el filósofo que como Jesús sepa morir sin debilidad y sin ostentación? ¿Qué preocupación la del que osase comparar al hijo de Sofronisco con el Hijo de María. La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos es la más dulce que se puede desear—la de Jesús espirando en los tormentos—injurado—mofado, maldecido de un pueblo entero, es la más horrible que se puede temer.—Sócrates tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta llorando;—Jesús en medio de un horrible suplicio hace oración por sus enemigos! Con razón pues exclama Rousseau, si la vida y muerte de Sócrates son las de un sabio—la vida y muerte de Jesús son las de un Dios."

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo proclamada solemnemente por Napoleón el grande en sus "Sentimientos acerca de Jesucristo," en donde dice que si los espíritus fuertes ven alguna semejanza entre el Cristo y los conquista-

dores, los fundadores de imperios y los dioses de las demás religiones, esta semejanza no existe, y entre el cristianismo y cualquiera otra religión la distancia es inmensa."

Allí mismo agrega que: "cualquiera que tenga convencimiento de las cosas y experiencia resolverá la cuestión en el mismo sentido y quién de nosotros (habla de sus adictos) examinando los diferentes cultos de las naciones no podrá decir á la faz de sus mismos autores. No, vosotros, no sois dioses ni agentes de la Divinidad, no, no teneis ninguna misión del cielo. Vosotros estais formados del mismo barro que los demás mortales, teneis todas las pasiones y todos los vicios inseparables de la naturaleza que ha sido necesario divinizar con vosotros. Y vuestros templos y sacerdotes que proclaman vuestras religiones, puede preguntarse ¿las fábulas, las abominaciones y los leños podridos que predicais son por ventura religiones y dioses comparables con el cristianismo?"

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo, porque como escribe Chateaubriand vemos en el hijo de un carpintero que en un rincón de la tierra presenta el modelo acabado de dolores y miserias y es infamado públicamente en el suplicio, al divino maestro que escoje sus discípulos de entre lo más humilde de la plebe, que renuncia de las pompas del mundo, del deleite y del poder; que prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al hombre sano; todo lo que está abandonado y de lo que huyen los hombres hace sus delicias; que amenaza constantemente al poder, á la fortuna y á la dicha; que trastorna todas las nociones de la moral, estableciendo nuevas relaciones entre los hombres, un nuevo derecho de gentes, una nueva fé pública, todo lo cual eleva su dignidad y le hace triunfar de la religión de los Césares y sentándose cubre su trono, sojuzga toda la tierra. Y aún cuando la voz del mundo entero, se levantara contra Jesucristo, aún cuando todas las luces de la filosofía se reunieran contra sus dogmas, no se persuadirá nunca que una religión fundada sobre semejante torre sea una re-

ligión humana, porque el que ha podido hacer que se adore una cruz, el que ha ofrecido á los hombres por objeto del culto la humanidad y la virtud perseguida, no puede menos de ser Dios.

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo, porque como dice Napoleón el grande: "propone á nuestra fé una serie de misterios mandando con autoridad que los creamos sin dar más razón que estas tremendas palabras: *"Yo soy Dios."* De este artículo, derivan todos los demás; una vez admitido el carácter de la divinidad en Jesucristo, la doctrina cristiana se presenta con la claridad y precisión del álgebra; y es necesario admirar en ella el encadenamiento y la unidad de una ciencia.—Apoyada esta doctrina en la Biblia es la que mejor explica las tradiciones del mundo—las ilustra todas y los demás dogmas se enlazan con ella como anillos sellados de una misma cadena. La existencia de Cristo es desde el principio al fin un tejido altamente misterioso; pero este misterio responde á todas las dificultades de las existencias. Rechazado, el mundo es un enigma, aceptado, es la admirable solución de la historia del hombre.—Cristo no cambia jamás, ni vacila en su enseñanza y hasta su más mínima afirmación está marcada con un sello de sencillez y de profundidad que cautiva lo mismo al ignorante que al sabio por poca atención que se le preste.—En ninguna parte sino en el Evangelio se encuentra esa serie de bellas ideas, de hermosas máximas morales que desfilan como batallones de la milicia celestial y que producen en el alma el mismo sentimiento que experimentamos al considerar en una noche clara de verano la extensión infinita del cielo que brilla con el resplandor de los astros. Esta lectura no solamente preocupa sino que domina todo nuestro espíritu. Una vez dueño el Evangelio de nuestro espíritu, cautiva también nuestro corazón. El mismo Dios es nuestro amigo, nuestro padre, nuestro verdadero Dios. Ninguna madre se toma más cuidado por el hijo que tiene á sus pechos. El alma seducida por la belleza del Evangelio ya no se pertenece, Dios se apodera de ella,

dirige sus pensamientos y facultades y es toda suya.—Finalmente y este es mi argumento último, “dice Napoleón:” no hay Dios en el cielo, si un hombre ha podido concebir y ejecutar con tan completo éxito el gigantesco designio de granjearse el culto supremo usurpando el nombre de Dios.” —

Creemos firmemente en la divinidad de Cristo, porque como dice M. de la Chenede en “El cristianismo demostrado:” podrá negarse cuanto se quiera, que Jesucristo es Criador del cielo y de la tierra; pero de ningún modo por ser un hecho evidente que es el fundador del cristianismo y que por todas partes existen iglesias establecidas en su nombre; y para probar su divinidad, no se necesita más que considerar que un simple hombre no hubiera sido capaz de extender por todo el Universo y en tan corto tiempo una doctrina como la suya, haciendo en el género humano una revolución, tal, como la ha hecho separándola de todas las preocupaciones que lo encadenaban por todas partes, y sometiendo á su creencia á los romanos y á los bárbaros.”

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo, porque como á voz en cuello lo proclama A. Nicolás: “Ninguna religión, ninguna filosofía puede gloriarse de poseer un tipo que se aproxime á Jesucristo. Casto, puro en sus costumbres no buscó riquezas ni honores; vivió en la pobreza, haciendo siempre el bien verificó su tránsito por la tierra; como amigo afectuoso llora la muerte de Lázaro—y deja que Juan se duerma sobre su pecho—se muestra lleno de tolerancia con la cananea, la mujer adúltera y la Magdalena—ama á la patria libre—y gime previendo sus desastres.—Simple y sencillo como los niños, de quienes anhela verse rodeado, llega su energía hasta el punto de padecer con tranquilidad la muerte, y su postrer suspiro es una palabra de misericordia y de perdón á sus asesinos. La palabra divina figurada é hipérbolica en cualquiera otro, se convierte aplicada á él, en propia y exacta;—á nadie choca ni de los mismos incrédulos; y la humanidad la consiente sin or-

gullo y sin envidia, porque ve que el que de ella es objeto, no le pertenece.”

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo, porque mirando estamos con Darras que Alemania, Inglaterra, Francia, España, Italia, toda la Europa civilizada protesta que Jesucristo es Dios.—Y cualquiera que con el Evangelio en la mano medite en la conversión del mundo por Jesús, tiene que cerrar el libro y exclamar: un hombre no ha podido convertir el mundo: Jesucristo es Dios.—Pues para atacar la divinidad de Jesucristo sería necesario trastornar la historia de cuarenta siglos que le esperan,—destruir la fé de dos mil años que le adoran y si aún quedase algún sofista que sobreviviera á sus ruinas, debería crear un mundo nuevo para ponerlo en lugar del histórico y real que hubiera destruido.

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo predicada por Combalot en la cátedra del Espíritu Santo en donde decía á su ilustrado auditorio: “es cierto que el pueblo judío por sus carnales preocupaciones sobre los verdaderos caracteres del Mesías, dió la muerte hace diez y ocho siglos á un hombre de su nación llamado Jesús que se titulaba el Cristo Hijo de Dios vivo?”

Es incontestable é infaliblemente cierto que aquel judío crucificado en medio de dos ladrones por haberse titulado el Cristo Hijo de Dios vivo, es adorado como tal Hijo de Dios vivo por todas las naciones de la tierra?

Preguntad á la incorruptible tradición: si hay en la historia de la humanidad un hecho atestiguado, probado, creído con una energía tan porfiada como el inmenso hecho de la creencia en la divinidad de Jesús nacido en Belem—crucificado en el Gólgota—resucitado tres días después—predicado—anunciado en el mundo como el Mesías—como el Salvador del mundo—y como el propio único Hijo de Dios?

Creemos firmemente en la divinidad de Jesucristo como dogma enseñado por la Iglesia católica que por los labios inspirados del respetabilísimo Ventura Ráulica nos dice: “la muerte

hiere á Jesús con un océano de oprobios y de tormentos—lejos de todo consuelo—de todo socorro,—mas ¡oh prodigio! Él conmueve el cielo—hace temblar la tierra—oscurece el sol—desgarra el velo del templo—hiende las rocas—obliga al pueblo á darse golpes de pecho—y cubre de confusión á los verdugos. Todos finalmente reconocen lanzando gritos de consternación y vertiendo lágrimas de sentimiento que Jesús es verdaderamente Hijo de Dios. Nos enseña que la historia de la pasión de Nuestro Señor es la sincera y fiel expresión de unos hechos sucedidos realmente; que Jesucristo padeció y murió como los Evangelistas lo testifican. Mas las circunstancias que refieren estos escritores sagrados respecto de la pasión y muerte de su Divino Maestro, demuestran más que su vida entera que él es verdadero Dios y verdadero hombre.”

—
Invocación.

Señor mio Jesucristo que por tu bondad y misericordia infinita me has hecho el beneficio inefable de sacarme de la tenebrosa senda del error y de la impiedad ilustrando mi pobre entendimiento y enderezando mi extraviada conciencia con los esplendores de la fé; alienta Señor mi esperanza para que fijos siempre los ojos en lo que por amor nuestro padeciste en el mundo, no desfallezca nunca por mucho que en nuestra debilidad llegue á enzañarse la pesada mano del infortunio, antes bien aprenda con tu divino ejemplo á buscar en los mismos padecimientos abundantes manantiales de consuelo en un venturoso porvenir que prometido tienes á los que creen y esperan en tí; enciende en mi corazón la llama ardiente de la caridad para huir siempre del escabroso camino del mal y para entrar y permanecer firme en la senda que conduce á la tranquila práctica del bien que siembra beneficios para no cosechar sino la mayor honra y gloria de Dios, sin que le arredre el miedo pueril del qué dirán ni aún el de perder la misma existencia.—Amén.



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

